

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

III

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (3)

MADINAT AL-ZAHRA

PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS (3)

MADINAT AL-ZAHRA PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD



**JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
ANTONIO VALLEJO TRIANO
COORDINADORES**

J.M. ESCOBAR CAMACHO
A. VALLEJO TRIANO
COORDINADORES



**REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA**

2019

2019

JOSÉ MANUEL ESCOBAR CAMACHO
ANTONIO VALLEJO TRIANO
Coordinadores

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS
MADINAT AL-ZAHRA
PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES DE
CÓRDOBA

2019

LA CIUDAD Y SUS LEGADOS HISTÓRICOS

Coordinador general: José Manuel Escobar Camacho

MADINAT AL-ZAHRA. PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Coordinadores:

José Manuel Escobar Camacho y Antonio Vallejo Triano

(Colección *T. Ramírez de Arellano III*)

© De esta edición: Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles
Artes de Córdoba

ISBN: 978-84-121657-1-5

Dep. Legal: CO 2051-2019

Impreso en Litopress. Edicioneslitopress.com. Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

EL MUNDO MEDITERRÁNEO EN EL SIGLO X. MADINAT AL-ZAHRA, EXPRESIÓN DE UNA ÉPOCA *

RICARDO CÓRDOBA DE LA LLAVE
Académico correspondiente
Universidad de Córdoba

La construcción de Medina Azahara por parte de Abderramán III durante las décadas centrales del siglo X, tras su proclamación como califa, supone la expresión material y simbólica de toda una época de la Historia de al-Andalus, de la Historia de la Península Ibérica. Una época en la que el Estado andalusí alcanzó su momento culminante, ese período de apogeo en el que consiguió sobresalir entre el complejo mosaico de reinos y formaciones políticas que se repartían las riberas del Mediterráneo. Pero, ¿cuál fue el contexto en que se produjo la fundación de la ciudad palatina? ¿Qué motivos impulsaron a Abderramán III (912-961) a promover su construcción a partir del año 930? ¿Qué poderes se asomaban en ese momento al Mediterráneo y cuáles fueron sus orígenes?

En el siglo X tres grandes civilizaciones se repartían las orillas de un mar que fue conocido en el mundo romano, como es bien sabido, por el término de *mare nostrum*, debido a que desde el siglo I d.C. la práctica

* El presente trabajo está lejos de constituir una investigación original. Solo persigue plantear una breve reflexión, a modo de síntesis histórica, sobre los rasgos más sobresalientes del mundo medieval en el momento que fue edificada Medina Azahara. Al tratarse del primer trabajo realizado como miembro de la Real Academia de Córdoba, me gustaría dedicarlo a los estudiantes de las distintas promociones que han cursado el Título de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba, de las que tanto he aprendido y que tanto me han escuchado comentar estos temas en clase.

totalidad de territorios vinculados a sus costas estuvieron sometidos al dominio político de Roma. En la orilla norte, el mundo cristiano, ya por entonces claramente diferenciado entre el conglomerado de reinos y condados situados en la zona occidental de Europa y el tenaz Imperio Bizantino, continuación medieval del Imperio Romano de Oriente, que había resistido el avance del Estado islámico en los siglos VII y VIII a costa de ver recortado su dominio en las provincias más ricas y cultas (Siria, Egipto, Túnez); y donde, aunque todavía no se había producido el cisma religioso definitivo de la época del patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario y del Papa León IX, ambas Cristiandades se hallaban ya claramente diferenciadas entre un mundo occidental de habla latina, dotado de una notable herencia de romanización cultural, y un mundo oriental de habla griega, muy helenizado. Y en la orilla sur, el mundo islámico, las tierras controladas por la dinámica civilización surgida tras la obra de Muhammad (570?-632) en la Península Arábiga, quien dio lugar a la aparición del Islam, logró la unificación política y religiosa de la citada Península, y dio inicio a una expansión territorial y cultural llamada a modificar la faz del Próximo Oriente y del Norte de África desde los años centrales del siglo VII.

El siglo X es una fecha donde han quedado atrás aquellas que tradicionalmente han sido objeto de debate sobre la aparición de la Edad Media como una nueva época de la Historia. Dicho debate había enfrentado originalmente a los historiadores que vincularon su inicio con la crisis social, económica y cultural sufrida por el mundo clásico a partir de los siglos II-III, en un proceso que habría culminado con la cristianización del Imperio (Christoph Keller, Giorgio Falco), con aquellos otros para quienes solo los amplios movimientos protagonizados por los pueblos de origen germánico a partir del siglo V, consiguiendo sustituir el dominio político de Roma por el suyo propio en los territorios del Occidente europeo, habrían sido los responsables de ese hecho (Flavio Biondo, Edward Gibbon); debates sintetizados, de alguna manera, en la polémica que enfrentó a los historiadores franceses Ferdinand Lot y André Piganiol, en los años 30-40 del siglo XX.

El primero de ellos, Ferdinand Lot, defendía en su obra *El fin del mundo antiguo y los comienzos de la Edad Media*, que el mundo romano, a partir del Bajo Imperio, estuvo minado por una enfermedad interna que provocó finalmente su caída; convulsionado por crisis económicas y sociales y por la irrupción del Cristianismo, un Imperio herido de muerte

que habría fallecido por causas naturales tanto con invasiones germánicas como sin ellas. Por el contrario, André Piganiol, sostenía en *El Imperio cristiano* que, aún siendo innegable la decadencia interna del mundo clásico, ésta no bastaba para explicar por sí sola su ruina, de modo que solo la irrupción de los pueblos germánicos habría ocasionado su colapso definitivo; es decir, el Imperio no habría muerto por causas naturales, sino políticas. Si Lot afirmaba que el Imperio Romano pereció por enfermedad y vejez, Piganiol defendía que solo murió cuando fue asesinado por los germanos.¹

A dicha polémica -orígenes cristianos, orígenes germánicos del Medioevo-, mantenida tercamente por la historiografía europea desde el siglo XV hasta el XX, vino a sumarse en esta última centuria la renovadora tesis que el historiador belga Henri Pirenne publicó en el número de 1922 de la *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, y que desarrollaría posteriormente en su obra *Mahoma y Carlomagno*, publicada en 1937.² Tesis que iba a suponer, en palabras de José Ignacio Ruiz de la Peña, “una demoledora crítica a la tradicional interpretación catastrofista de las invasiones germánicas y una profunda revisión de los planteamientos periodológicos sobre el origen del Medioevo”.³ La tesis de Pirenne defiende que, durante los siglos en que se mantuvo en vigor el sistema imperial romano, todos los pueblos que gravitaron sobre el mar Mediterráneo habrían formado una unidad política y económica; y que aunque la primera se habría roto con las migraciones germánicas de los siglos V y VI, la unidad económica solo habría desaparecido tras la llegada de los musulmanes a la orilla sur de dicho mar a mediados del siglo VII, pues solo entonces el Mediterráneo pasó a ser parcialmente controlado por

¹ KELLER, Christoph, *Historia Medii Aevi a temporibus Constanini Magni ad Constaninopolim a Turcis captam deducta*, Jena, 1688; FALCO, Giorgio, *La polemica sul Medioevo*, Turín, 1933; BIONDO, Flavio, *Historiarum ab inclinatione romanorum imperii decades*, Venecia, 1483; GIBBON, Edward, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, 1776-1789; LOT, Ferdinand, *La fin du monde antique et le début du Moyen Age*, Paris, 1927; PIGANIOL, André, *L'Empire chrétien*, 325-395, Paris, 1947.

² PIRENNE, Henri, “Mahomet et Charlemagne”, *Revue Belge de Philologie et d'Histoire*, 1, 1922, pp. 77-86 (disponible en https://www.persee.fr/doc/rbph_0035-0818_1922_num_1_1_6157); ID., *Mahoma y Carlomagno*, Alianza, Madrid, 1978.

³ RUIZ DE LA PEÑA, José Ignacio, *Introducción al estudio de la Edad Media*, Madrid, 1984.

una nueva civilización y se desvaneció la unidad cultural y comercial característica del mundo romano y, hasta el momento de la expansión islámica, de los primeros siglos medievales. La tesis fue muy criticada por quienes, como Alfred F. Havighurst o Roberto S. López, negaron a la presencia musulmana en el Mediterráneo las consecuencias políticas y económicas que Pirenne le atribuía.⁴ Pero mantiene el valor de haber profundizado en el debate sobre la periodificación de la Historia europea mediante la apertura de una nueva hipótesis y de haber contribuido a nutrir la discusión sobre los orígenes del período medieval en la Península Ibérica, donde numerosos historiadores se muestran de acuerdo en vincular el origen del Medievo, no con la entrada en ella de los pueblos germánicos (suevos, visigodos) en el transcurso del siglo V d.C., sino con la conquista islámica, entendida como ese *minuto decisivo* de nuestra historia del que hablaba Sánchez Albornoz, donde se configuró la realidad que presidió la historia de la Península Ibérica a lo largo de la Edad Media: la frontera entre ambas sociedades. De ahí deriva que no sean pocos los manuales de Historia de España que articulen sus capítulos marcando el cambio de época en el año 711 más que en el 313 o en el 476.

En definitiva, no cabe duda de que el mundo del siglo X fue, en cualquier caso, un mundo plenamente medieval, próximo al período enmarcado entre los siglos XI y XIII que se suele considerar como el de la plena madurez del Medievo, donde los rasgos históricos de una nueva sociedad política y de un nuevo orden socio-económico se habían terminado de definir. Pero hunde sus raíces en el complejo período de la Alta Edad Media, definido por la historiografía tradicional británica con el evocativo término de *Dark Ages*, al que numerosos medievalistas europeos, siguiendo a Robert Fossier, coinciden en señalar como la *infancia* de Europa, el período durante el que se produjo el nacimiento de la Europa actual desde el punto de vista político, cultural y lingüístico.

⁴ LÓPEZ, Roberto Sabatino, “Mohammed and Charlemagne. A Revision”, *The Pirenne Thesis. Analysis Criticism and Revision* (Alfred F. Havighurst, ed.), Boston, 1958 (disponible en internet en la dirección <https://archive.org/details/pirenthesisana002451mbp/page/n1>).

EL CONVULSO CAMINO DEL IMPERIO ROMANO AL AÑO MIL**El Universo cristiano: la formación del mundo occidental**

A partir del siglo IV (Edicto de Milán del año 313, fundación de Constantinopla en el año 330), según algunos autores, o del siglo V (aparición de los reinos germánicos en Occidente a partir del año 420, deposición del último emperador de Roma, Rómulo Augústulo, por el hérulo Odoacro en el 476), según otros, el Mediterráneo occidental y las regiones del suroeste europeo gobernadas por Roma (Galia y Britania), sufrieron un cambio político de primera magnitud al ver reemplazado el gobierno imperial por el de nuevas dinastías de origen germánico que se pusieron al frente de nuevos Estados.⁵

Si bien la presencia de germanos en el interior del Imperio había aumentado de manera exponencial a partir del siglo II, cuando se hicieron mayoritarios en el seno del ejército y se multiplicaron sus asentamientos en el interior del territorio imperial, la entrada masiva de poblaciones procedentes del norte del Rin y del Danubio solo se hizo evidente a partir del año 375, cuando dio inicio la penetración de los visigodos por la frontera danubiana, hecho que suele marcarse como el comienzo de las dos grandes oleadas migratorias que habrían conducido a la desaparición del Imperio. La primera habría tenido lugar a todo lo largo del siglo V, entre los años 406 y 500; de carácter más general, afectó a numerosas regiones y provocó cambios políticos de magnitud en la totalidad de la parte occidental del Imperio a partir de que, en el 406, suevos, vándalos y alanos cruzaran el Rin dando lugar a la creación del reino suevo en Galicia y del reino vándalo en Túnez; entre los años 410 y 420, los visigodos saquearon Roma y su líder, Alarico, se hizo con el poder en la mayor parte de Italia, abriendo la puerta a la llegada de los ostrogodos; durante ese siglo, los visigodos se asientan como federados del Imperio en el sur de la Galia (con capital en Toulouse) hasta que, en 507, son derrotados en Vouillé

⁵ MUSSET, Lucien, *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1973; SANZ, Rosa, *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid, 1995; GEARY, Patrick, *Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, Princeton, 2003; NOBLE, Thomas, GOFFART, Walter, *From Roman provinces to Medieval kingdoms*, Routledge, 2006; HALSALL, Guy, *Barbarian migrations and the Roman West, 376–568*, Cambridge, 2008.

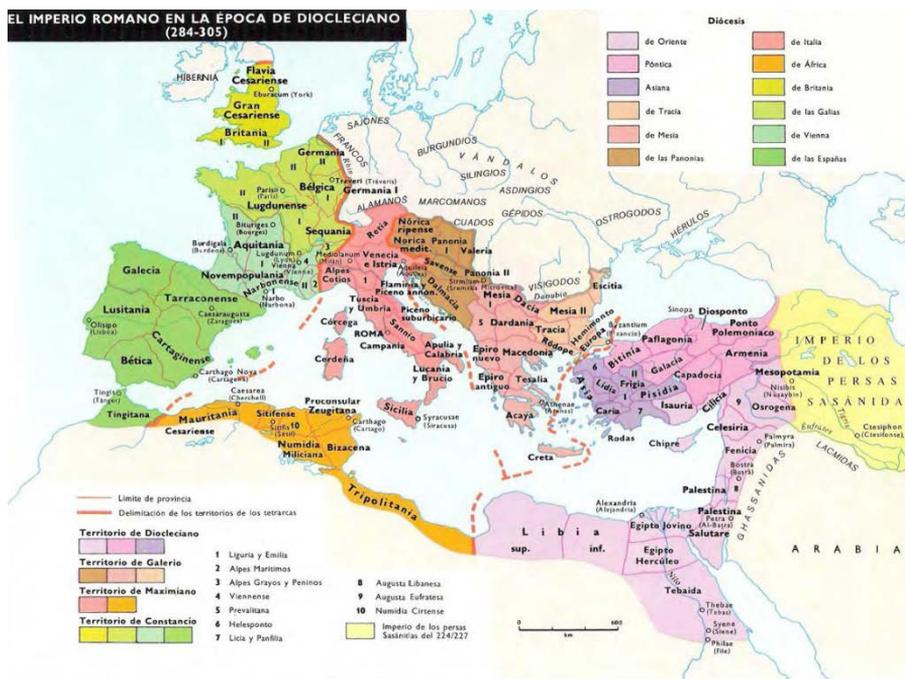


Fig. 1. El Imperio Romano en la época de Diocleciano (siglo IV) (Fuente: *Atlas Histórico de la Historia Universal Ilustrada Noguer-Rizzoli-Larousse*, Noguer, Barcelona, 1974, p. 27).

por el líder de los francos, Clodoveo, y se expanden por una Península Ibérica a la que habían llegado durante el siglo anterior; desde el 450 los burgundios ocupan parte de la Galia (la Borgoña debe a ellos su nombre), y anglos, sajones y jutos, la mayor parte de Britania (que sustituye su nombre de tierra de los bretones por el de Inglaterra, la tierra de los anglos). En todas partes se extiende una presencia germánica que se verá completada, en los siglos VI y VII, por una segunda oleada de migraciones, de menor espectacularidad, pero de colonización más intensa y efectos más perdurables, de la que forma parte la ocupación de la Galia por los francos (500-510) y la de Italia por los lombardos (570-600), en sustitución de los ostrogodos.

Los pueblos germanos, con los rasgos culturales con que los conocemos cuando se produjo su entrada en los territorios imperiales, tuvieron su origen entre el año 500 a.C. y el siglo I de nuestra era en el área de los ríos Rin, Vístula y Danubio. Desde mediados del siglo I a.C., la conquista romana de la Galia los convirtió en vecinos permanentes del Imperio,

pero solo comenzaron a ser diferenciados de sus vecinos celtas y escitas a partir del siglo XIX, más en virtud de un criterio lingüístico que de una realidad cultural o material. Su nombre genérico, *germani*, procede de la denominación otorgada por los autores romanos a uno de los muchos pueblos que integraban esas grandes confederaciones tribales, al igual que el de Alemania (territorio de los *alamani*); solo quienes permanecieron en la parte central del continente comenzaron a denominarse a sí mismos, a partir del siglo VIII, por el calificativo de *deutsch* o gentes del pueblo, dando así origen al actual nombre de Alemania (*Deutschland*, la tierra de los teutones).

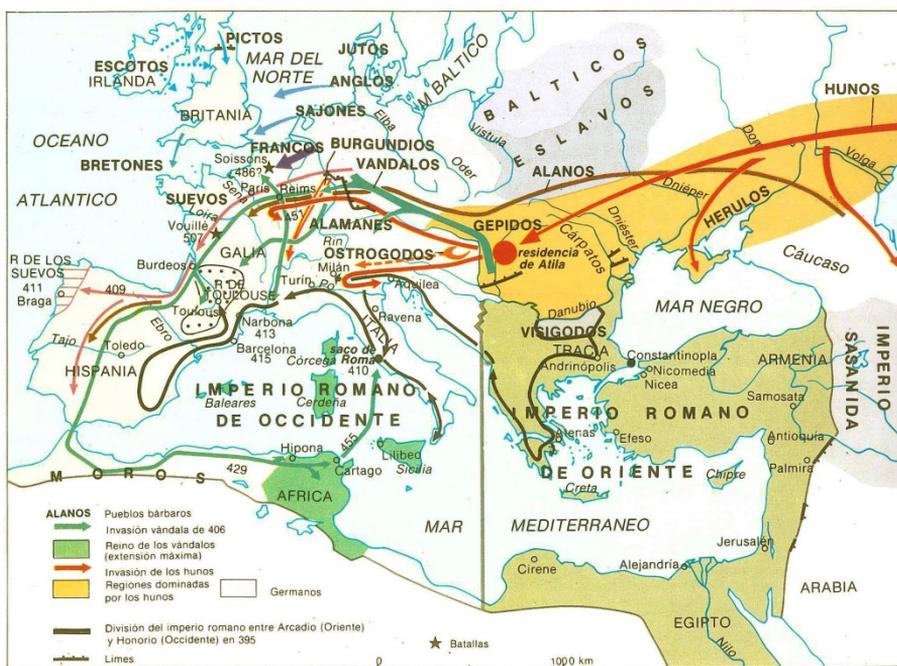


Fig. 2. Las invasiones germánicas del siglo V (Fuente: George Duby, *Atlas Histórico Mundial*, Debate, Madrid, 1997, p. 36)

Carácter común a la mayor parte de los reinos de origen germánico fue la existencia de una minoría germana, creadora y rectora de los nuevos estados, superpuesta a una más amplia base de población romanizada o autóctona. A través del contacto con la población de los territorios ocupados, los germanos se adaptaron al nuevo entorno, perdieron parte de su primitiva identidad y acabaron siendo aculturados por quienes habían conquistado y teóricamente gobernaban. Este largo proceso, de al menos

dos siglos de duración, dio lugar al nacimiento de una sociedad surgida de la fusión de los rasgos culturales del mundo tardorromano con los del tribal germano, que es uno de los acontecimientos más importantes en la Historia de Europa. Pues en la mayor parte de las regiones mediterráneas los pueblos germanos trajeron consigo reducidos aportes demográficos que solo desde el punto de vista político controlaban a las poblaciones romanizadas, mientras que el carácter mayoritario de éstas determinó la pervivencia de la cultura clásica y la integración de costumbres germanas y romanas.

En los territorios de la Península Ibérica, se discute si el mundo medieval se abre con la entrada masiva de pueblos germánicos a partir del año 409 y su progresivo asentamiento durante los siglos V y VI, en un proceso histórico del que forman parte la formación del reino suevo en Galicia desde el 420, el paso de vándalos y alanos por la Península hasta el 430, las primeras conquistas visigodas en la zona de la actual Cataluña y, sobre todo, la constitución de la monarquía visigoda de Toledo a partir del año 510, hasta lograr la unificación del territorio peninsular bajo dominio de la monarquía visigoda en torno al 570-580. Sin embargo, pese a las transformaciones políticas que este proceso trajo consigo, la conservación de la herencia cultural romana (predominio del latín, mantenimiento de la ortodoxia cristiana, de la cultura y Letras clásicas) en la mayor parte de las regiones hispanas, explica la aparición de intelectuales como San Isidoro de Sevilla durante el siglo VII, y la prolongación de la realidad cultural mozárabe durante los siglos VIII y IX; y que para tantos especialistas no sea hasta la formación de al-Andalus y la progresiva orientalización de la Península a partir del siglo VIII cuando se pueda hablar de la auténtica realidad del tiempo medieval.

Quizás la construcción política más estable o, al menos, la llamada a perdurar durante más tiempo en Occidente y a servir de origen a las dos realidades políticas de mayor importancia en el corazón europeo, fuera la que los francos procedentes de los Países Bajos establecieron en la Galia, haciendo que el nombre de dicho territorio se modificara desde el de “tierra de los galos” hacia el que todavía hoy conserva (*Francia*, la tierra de los francos), y dando lugar a la constitución de un reino que, desde principios del siglo VI (tras la vitoria de Clodoveo sobre los visigodos en la batalla de Vouillé de 507) hasta mediados del siglo VIII, fue gobernado por la familia de los Merovingios (descendientes de Meroveo, ancestro que da nombre a la dinastía); a partir del reinado de Clodoveo, el reino

franco se vio envuelto en luchas constantes entre los distintos pretendientes merovingios a la Corona y en continuos repartos de sus territorios entre los diferentes hijos de cada monarca, cayendo en un permanente estado de inestabilidad y debilidad políticas durante la época que la historiografía británica ha definido como la de los *long-haired kings* (reyes de largos cabellos). Ello propició la disgregación del reino, descompuesto en regiones la mayor parte del tiempo enfrentadas entre sí, y el ascenso de familias aristocráticas que vinieron a ocupar el vacío de poder dejado por la monarquía merovingia, logrando reunir extensos dominios territoriales.

Precisamente por la debilidad política, los monarcas francos juzgaron imprescindible la existencia de un delegado territorial que gobernara cada una de las distintas regiones que integraban el reino en nombre del monarca: el Mayordomo de Palacio. En el reino franco la más importante dinastía de tales mayordomos fue la de los Pipínidas, gobernadores de Austrasia; uno de sus miembros, Carlos Martel, se hizo con el poder en la Corte parisina (entre los años 716 y 724), ejerció el gobierno del reino en nombre del joven rey merovingio Teodorico IV (721-737), fue capaz de poner fin a la expansión islámica por Occidente en la épica batalla de Poitiers (732) y sentó las bases para que su hijo y heredero, Pipino el Breve (737-768, el padre de Carlomagno), ocupara el trono para la dinastía carolingia. Y lo legitimara firmando una alianza con el Papado conseguida mediante el otorgamiento de la *Donación de Constantino* (756), privilegio falsificado según el cual el emperador Constantino habría concedido a los Papas el gobierno sobre la región central de Italia, considerado como el origen de los Estados Pontificios y del poder territorial del Papado medieval.

La muerte de Pipino en el año 768 y el acceso al poder de su hijo Carlos, inaugura la época de mayor desarrollo del Estado que culmina este período “germánico” en Europa occidental, el Imperio Carolingio. Imperio que, durante los reinados de Carlomagno (768-814) y de su hijo y sucesor, Luis el Piadoso (814-840), se expandió por las zonas limítrofes hasta alcanzar el noreste de la Península Ibérica, la zona oriental de Francia (actuales Alemania occidental y Suiza) y el norte de Italia. Estas anexiones fueron llevadas a cabo a través de grandes campañas militares, efectuadas casi todos los años entre mayo y septiembre para aprovechar el buen tiempo y la disponibilidad de pastos y cosechas, con las que se obtuvo un considerable éxito en tres regiones, los territorios germánicos de Sajonia, Frisia y Baviera, el sur de los Pirineos, en particular la zona

de Cataluña, e Italia. La consecuencia de estas campañas fue el dominio de los carolingios sobre un territorio inmenso y un enorme aumento del prestigio de la monarquía franca que, unidos a la situación de debilidad y enfrentamiento interno que Bizancio atravesó durante esos años, explican el éxito alcanzado por Carlomagno con su Coronación imperial en la Navidad del año 800 y por la formación, a partir de ese momento, de un Imperio en Occidente en pie de igualdad con el bizantino.

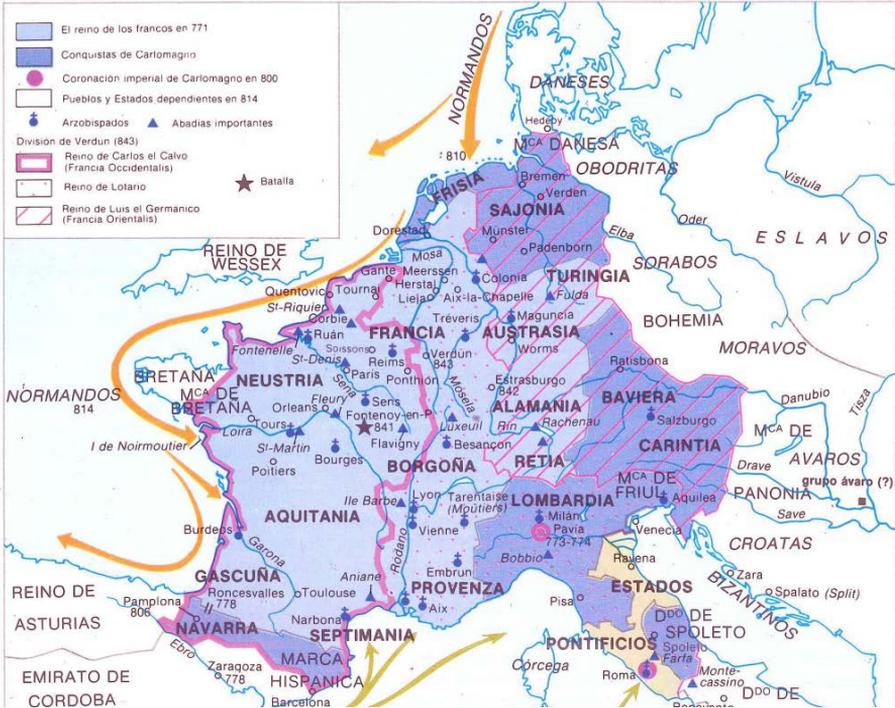


Fig. 3. El Imperio Carolingio (Fuente: George Duby, *Atlas Histórico Mundial*, Debate, Madrid, 1997, p. 40).

La evolución política de los territorios carolingios durante el siglo IX resulta absolutamente crucial porque, si bien ese siglo contempla la desaparición del mundo creado por Carlomagno desde el punto de vista político (al escindirse el Imperio en dos mitades desde la época de Carlos el Calvo, 843-877), contempla igualmente el inicio del período que Geoffrey Barraclough definió como *El crisol de Europa*, el del nacimiento, aunque no fuera más que como posibilidades de futuro, de Francia y Alemania (870-880), la consolidación de Inglaterra y la de los reinos y condados cristianos en el norte de la Península Ibérica. La desmembra-

ción del Imperio Carolingio en fragmentos territoriales es el hecho clave que permite comprender los nuevos rumbos que la historia de Europa toma a partir del siglo X.⁶

El Universo cristiano: la supervivencia del Imperio Romano en Oriente

Desde el siglo III se hizo cada vez más frecuente la existencia de dos emperadores diferentes para regir los destinos del Imperio, y ello se hizo manifiesto a la muerte de Teodosio (395), cuando ambas zonas imperiales comenzaron a seguir caminos opuestos. Como la parte occidental del Imperio era la más débil, los invasores se dirigieron fundamentalmente contra ella, de modo que a partir de la caída de esa zona occidental en el 476, la oriental emprendió un desarrollo independiente y es posible hablar del nuevo Estado superviviente del antiguo Imperio, el denominado Imperio Bizantino, cuya importancia será fundamental a lo largo de la Edad Media por constituir, junto a Europa occidental y el mundo islámico, el tercer gran conjunto político del mundo Mediterráneo entre los siglos V y XV.⁷

Bizantino, el término por el que los modernos historiadores conocen ese Estado, no posee ningún significado étnico ni designa al habitante de un país concreto, es tan solo un nombre cuyo uso arranca del siglo XVI y que deriva del topónimo de la antigua colonia griega sobre la que fue fundada la ciudad de Constantinopla, *Bizancio*. Los bizantinos jamás olvidaron que su Estado era heredero directo de Roma; hasta el final del Imperio se llamaron a sí mismos *romanos*, los árabes los llamaron *rumíes* (del nombre árabe de Roma, *Rum*) y su soberano conservó el título de emperador o *basileus* (rey) de romanos. En suma, para los bizantinos no

⁶ MCKITTERICK, Rosamond, *The Frankish Kingdom under the Carolingians 751-987*, Londres, 1983; RICHÉ, Pierre, *Les Carolingiens. Une famille que fit l'Europe*, París, 1983; DAWSON, Christopher, *Los orígenes de Europa*, Madrid, 1945; ISLA FREZ, Amancio, *La Europa de los Carolingios*, Madrid, 1993.

⁷ CABRERA, Emilio, *Historia de Bizancio*, Barcelona, 1998; LEMERLE, Paul, *Histoire de Byzance*, Paris, 1960; DUCCELLIER, Alain, *Bizancio y el mundo ortodoxo*, Madrid, 1992; OSTROGORSKY, George, *Historia del Estado bizantino*, Madrid, 1983; OBOLENSKY, Dimitri, *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe, 500-1453*, New York, 1971; SEPHARD, Jonathan (ed.), *The Cambridge History of the Byzantine Empire, 500-1492*, Cambridge, 2009; KAEGI, Walter, *Byzantium and the Early Islamic Conquests*, Cambridge, 1992.

había existido interrupción alguna entre Rómulo y Constantino XI (el último emperador, que resultó muerto intentando impedir la conquista de Constantinopla por parte del sultán otomano Mehmet II en 1453) y siempre consideraron su Imperio como una prolongación del romano. A pesar de ello, el influjo de la civilización griega fue enorme en su Historia lo que, unido a su propia ubicación geográfica entre dos continentes, le hizo estar en continuo contacto con pueblos del Próximo Oriente y Europa Oriental, otorgando a Bizancio unos rasgos absolutamente distintos a los del antiguo Imperio Romano. Rasgos que pasaron por la helenización del Imperio a partir del siglo VII y por la creación de un gran ámbito de influencia socio-cultural en la Europa eslava situada al Norte del Danubio, un territorio que Obolensky denominó la *Commonwealth bizantina*.

Esta realidad político-territorial de prolongación del Imperio Romano dio pie a que muchos historiadores, desconociendo sus verdaderos aspectos, llegasen a afirmar que Bizancio no fue más que una mera pervivencia decadente del mundo romano, teoría que originó una fuerte corriente historiográfica, que se remonta al siglo XVIII, para la cual la Historia de Bizancio habría sido la de una decadencia ininterrumpida, de continuas intrigas y querellas protagonizadas por sus monarcas y por la corrupción del ambiente cortesano. Habría que esperar al siglo XX para que Alain Ducellier afirmara en su obra *El Imperio Bizantino* que resulta imposible pensar que un Imperio afectado por todos los vicios imaginables se hubiera mantenido durante diez siglos, rodeado además de enemigos tan peligrosos, y a que Ostrogorsky señalara en su *Historia del Estado bizantino* que, en contra de aquella opinión general del pasado, la evolución del estado bizantino estuvo dotada de un gran dinamismo y de muchos aspectos renovadores, que convierten a esta civilización y a su entorno en uno de los elementos de mayor interés del mundo medieval.

Su prolongación en el tiempo de las invasiones germánicas, cuando Occidente vio desaparecer la estructura política imperial de Roma, puede considerarse como el fruto de varios factores. El primero, la existencia de una frontera oriental más fácil de defender que la occidental, por ser menos extensa y porque los pueblos germánicos situados al otro lado del Danubio parecen haber sido menos numerosos y, sobre todo, menos belicosos que los ubicados en la orilla septentrional del Rin; el segundo, el papel desempeñado por la propia capital del Imperio, Constantinopla, emplazada en una Península de fácil defensa, rodeada de poderosas murallas capaces de resistir cualquier ataque, abierta a un Bósforo que permitía el control marí-

timo del Mediterráneo oriental y, con él, de las rutas comerciales que enlazaban Europa y Asia, garantizando la amplia disponibilidad de recursos económicos; y, tercero, la presencia de unos gobernantes que supieron conducirse con gran habilidad frente a las amenazas exteriores, al contrario que sus homólogos occidentales, empleando la fuerza allí donde resultaba posible, comprometiéndose al pago de tributos cuando no lo era, desviando en suma la atención de los germanos hacia la zona occidental.

Bizancio inicia su historia durante el reinado del emperador Teodosio (379-395), fundador de la que fue primera dinastía gobernante del Imperio (la *teodosiana*, hasta el año 518), que fue seguida por las dinastías *justiniana* (518-610) y *heraclea* (610-717), durante cuyo período la instalación de los musulmanes en el Mediterráneo meridional marcó el giro decisivo en la historia bizantina. Si durante la primera de esas dinastías aún existía el Imperio Romano occidental y si durante la segunda (en el reinado del propio Justiniano, especialmente entre los años 530 y 555) pudo llevarse a cabo un esfuerzo de recuperación de los territorios perdidos en el Mediterráneo (fruto del cual fueron los temporales dominios bizantinos sobre Túnez y el Sureste de la Península Ibérica, el más prolongado de Rávena y la zona central de Italia) que parece representar un intento de volver al antiguo Imperio Romano y que ha sido definido por Ostrogorsky como “el último combate del estado tardorromano contra la muerte”, el siglo VII y el reinado de Heraclio devolvieron al Imperio a su auténtica realidad.

Este nuevo período representa el cambio de rumbo que hace de Bizancio un Estado medieval, con una fisonomía y unas fronteras distintas de las que hasta entonces había tenido. Carlos Diehl afirmaba que el siglo VII fue un período crítico de la historia bizantina, donde se puso en juego la existencia misma del Imperio; Ostrogorsky, que el siglo VII marca el punto de partida de una historia realmente *bizantina*, porque hasta entonces podría haber seguido siendo considerada como *romana*; y Emilio Cabrera habla de *repliegue general* del Imperio que, adoptando una actitud defensiva frente a sus vecinos, se desvinculó definitivamente de la zona occidental y se readaptó tras sufrir la pérdida de sus provincias más ricas (Siria, Egipto, Túnez) a manos de los árabes, entre los años 630 y 670, y de los Balcanes, donde se instalaron los eslavos y apareció el primer estado búlgaro entre los años 680 y 700. Las consecuencias de estas pérdidas territoriales fueron trágicas para Bizancio, como no podía ser de otra manera. Al drama que supuso no poder contar ya con los territorios de Siria y Egipto, donde estaban ubicados los puertos más prósperos del Mediterrá-

afirmada en todos los ámbitos de la administración y de la cultura durante el siglo VII. Bizancio supo adaptarse a la nueva realidad y protagonizar una transformación decisiva que hizo de él un Estado, sin duda más reducido territorialmente, pero también más homogéneo, más proporcionado a sus fuerzas reales y mejor preparado para la lucha contra los enemigos que le rodeaban.

Entre esos rivales destacaron, a partir del año 756, los búlgaros asentados en el territorio de los Balcanes, contra quienes realizó numerosas campañas el emperador Constantino V (763-773), consiguiendo retrasar la amenaza que suponían para Bizancio e iniciando su cristianización a partir del 777. Cristianización consolidada un siglo más tarde, en el 864, cuando el jan Boris (852-893) recibió el bautismo en Constantinopla apadrinado por el emperador Miguel III y su pueblo fue evangelizado por el clero griego. La principal consecuencia de la cristianización de Bulgaria fue la aceleración del proceso de eslavización cultural, de forma que a finales del siglo IX los búlgaros habían adoptado ya la cultura y costumbres eslavas y su lengua turca se hallaba en abierto retroceso; de hecho, fueron los discípulos de Cirilo y Metodio quienes, tras salir de Moravia, volcaron en el reino búlgaro su acción evangelizadora extendiendo por él la lengua eslava y el alfabeto cirílico.

Lucien Musset afirmaba que el avance de los eslavos hacia el Oeste y sur de Europa a partir del siglo VII fue un hecho tan trascendental para el futuro del continente como las propias invasiones germánicas del siglo V, aunque mucho peor conocido por la ausencia de textos narrativos que aludan a él. Los orígenes de este grupo de pueblos son oscuros. Su nombre proviene del término *slovo*, que significa palabra, y designa a quienes hablaban un lenguaje comprensible en oposición a los extranjeros. La unidad étnica y lingüística de estos pueblos fue grande al principio, pues aunque contaban con numerosos dialectos todos ellos resultaban comprensibles entre sí, de forma que sólo comenzaron a acrecentarse las diferencias a partir del siglo X. La expansión eslava hacia el Sur, Norte y Oeste, a partir de sus primitivos territorios de asentamiento en torno a los ríos Dnieper y Vístula, se inició en fecha tan temprana como el siglo VI pero apenas tenemos noticias sobre este proceso hasta el siglo IX; sus causas son todavía una incógnita, al margen de que ocuparon territorios que la marcha de los pueblos germánicos hacia Occidente había liberado con anterioridad. La creación de Estados eslavos en los territorios de Europa oriental fue un proceso lento, pero de profundas consecuencias

históricas, que destaca de forma particular en dos ámbitos, Bohemia, donde ejercieron su labor de cristianización los monjes bizantinos Cirilo y Metodio durante los años centrales del siglo IX (840-860), y Polonia, donde se asentó en la primera mitad del siglo IX un gran número de agrupamiento tribales, uno de los cuales era el de los *polanos* (gentes del pueblo).

Con las provincias meridionales perdidas a manos de los árabes (Siria y Egipto) y los Balcanes amenazados por búlgaros y eslavos, el Imperio tuvo que jugárselo todo en la conservación de Anatolia, el bastión de mayor firmeza frente a la amenaza externa; esta necesidad explica el surgimiento de la iconoclastia en el Imperio, dado que resultaba imprescindible fidelizar a una población micrasiática (de Asia Menor) compuesta por campesinos poco influidos por la tradición grecorromana, pero permeables a las influencias orientales contrarias al culto de las imágenes; casi podría decirse que la iconoclastia fue consecuencia de la imperiosa necesidad de conjurar el peligro árabe. La procedencia de León III (natural de la región de Isauria, situada al norte de Siria, que dio nombre a la dinastía *Isáurica*), explica la postura iconoclasta adoptada por el nuevo emperador desde los orígenes de su reinado. Emperadores como León III (717-741) y Constantino V (741-775), tuvieron que desplegar una incesante actividad militar contra musulmanes y búlgaros hasta que, tras la victoria de Akroinon (740) y la guerra civil sufrida en el Islam por la revolución Abbasí (750), detuvieron a los musulmanes en Anatolia fijando las fronteras orientales del Imperio con el mundo árabe.

Sin embargo, a lo largo del siglo VIII, la cuestión de mayor importancia en la historia del Imperio fue la querrela en torno a las imágenes. Sus orígenes se han querido encontrar en la religión hebrea, hostil a toda representación sagrada, cuyas ideas habrían pasado al Cristianismo primitivo, pero también guardan relación con el nacimiento y la expansión del Islam, que influyó de manera decisiva en las poblaciones del Próximo Oriente y que prohibía igualmente las representaciones figurativas de Allah y de la propia figura humana. Parece que la hostilidad hacia las imágenes estaba ya extendida en Anatolia a comienzos del siglo VIII, de forma que resulta normal que emperadores de procedencia oriental, como León III o Constantino V, la compartieran. El último emperador iconoclasta fue Teófilo (829-842), gran admirador de la cultura árabe, educado por Juan el Gramático (que sería nombrado patriarca de Constantinopla en 837), pero su propia esposa, Teodora, que practicaba en secreto en

palacio el culto a las imágenes, pudo restaurar sin problemas la ortodoxia a la muerte de éste en 842.

La aparición del Islam y los orígenes del Califato

La aparición del Islam, como religión y forma de vida, la constitución del Estado islámico y su expansión territorial a lo largo del Próximo Oriente y del Norte de África durante el primer siglo de su existencia, son hechos fundamentales que marcan no solo la historia del mundo mediterráneo, sino la historia de la humanidad, puesto que además de suponer la aparición de una religión universal y de un nuevo Estado, determinaron el nacimiento de una nueva civilización con caracteres originales y muy definidos, que ha jugado desde entonces un relevante papel en la historia del mundo.⁸

El nacimiento de esa nueva realidad tuvo lugar en un territorio hasta entonces marginal en la historia del Próximo Oriente, rodeado en los primeros siglos de la Edad Media por dos grandes formaciones políticas como eran el Imperio Bizantino y la Persia Sasánida. La Península Arábiga estaba entonces dividida en tres grandes regiones: la zona costera del Océano Índico y del Mar Rojo (*Hadramaut*), conocida por los autores clásicos como *Arabia Felix* debido a que su clima, influido por los monzones, permitía el desarrollo de la agricultura, el asentamiento de poblaciones sedentarias (que formaron reinos como el de Saba) y un poderoso comercio basado en productos de lujo (mirra, perfumes, incienso). En la zona centro y norte de la Península alternaban islotes de población sedentaria establecida en grandes oasis (como en *al-Yamama*), con desiertos desolados (*Rub al-Jali*) y una generalidad de tribus nómadas y seminómadas conocidas por el nombre genérico de beduinos (árabe *badawi*, morador del desierto), con una forma de vida basada en el pastoreo y una

⁸ *The Cambridge History of Islam*, Cambridge, 1970; *The Cambridge History of Egypt*, Cambridge, 1998; KENNEDY, Hugh, *The Prophet and the Age of the Caliphs, the Islamic Near East from the Sixth to the Eleventh Century*, Londres, 1986; MANTRAN, Robert, *La expansión musulmana (siglos VII al XI)*, Barcelona, 1973; CAHEN, Claude, *El Islam I, desde los orígenes al comienzo del Imperio Otomano*, Madrid, 1973; MANZANO, Eduardo, *Historia de las sociedades musulmanas en la Edad Media*, Madrid, 1992; WATT, Montgomery, *Mahoma, Profeta y hombre de Estado*, Barcelona, 1967.

organización social estructurada en *clanes*, grupo de parientes descendientes de un antepasado común, que si bien obedecían a la autoridad de un *jeque* o jefe de tribu, tenían un carácter muy inestable y continuos enfrentamientos internos. Por último, la región montañosa del *Hiyaz*, extendida a lo largo de la costa sur-occidental de Arabia, donde se asentaron pueblos sedentarios y surgieron los principales núcleos urbanos (Taif, Yatrib, La Meca) como estaciones situadas en las rutas caravaneras que enlazaban el Lejano Oriente (a través de los puertos emplazados en el Océano Índico y en el Mar Rojo, como Yedda y Yanbú) con las ciudades sirias y los grandes puertos del Mediterráneo oriental. Esa dispersión social y política conllevó una enorme variedad religiosa, basada en el politeísmo, y lingüística, si bien en el siglo VI ya había surgido una lengua literaria común entendida por las distintas tribus, el árabe clásico.

Dentro del Hiyaz destaca la extraordinaria importancia adquirida por La Meca desde mediados del siglo VI. Su emplazamiento permitía el control de la actividad caravanera dedicada al transporte de productos hasta Siria (toda la riqueza de la ciudad provenía de ese comercio y los más poderosos clanes establecidos en ella estaban implicados en el tráfico de mercancías) y había propiciado la instalación en ella del principal *haram* o centro religioso de la Península. Allí se situaba la *ka'aba*, primer santuario politeísta de la Arabia preislámica, cuyo Dios principal era precisamente *Allah*, luego elevado por Mahoma a la categoría de Dios único, y que entonces era solo la divinidad más importante de la tribu *Quraysí*, la tribu que, a través del clan de los *Omeyas*, gobernaba la ciudad desde mediados de ese siglo VI.

Fue en esta ciudad donde nació Mahoma, Muhammad, cuya vida y hechos han sido objeto de numerosos estudios, entre los que destacan las dos monografías que le dedicó el arabista británico Montgomery Watt, reunidas en español bajo la forma de un único libro titulado *Mahoma, Profeta y hombre de Estado*, pero cuya vida aparece claramente dividida en las dos partes que daban título original a la obra de Watt, la Meca y Medina; en los primeros años en La Meca, Mahoma actuó como profeta de una nueva religión, estableciendo las bases religiosas de un nuevo monoteísmo; en su posterior estancia en Medina, definió las reglas sociales de la comunidad musulmana (*Umma*) y sentó las bases políticas para el desarrollo del Estado islámico califal. En el año 610 comenzó la Revelación, dando a conocer las primeras suras del Corán, insistiendo en la idea de *Allah* como único Dios, lo que le granjeó la enemistad del

poderoso clan Omeya, cuyos miembros veían en la extensión de su doctrina un evidente peligro para la prosperidad de la ciudad y para su propio dominio político. Ante la presión Omeya, Mahoma se estableció en Yatrib, la futura Medina, en una Hégira (*Iyira*, emigración) llevada a cabo en septiembre del 622 que marcaría el comienzo del calendario islámico.

En Medina se fijaron las bases para la convivencia de la comunidad de creyentes y se organizó el nuevo Estado islámico sobre unas bases ideológicas centradas en torno a tres puntos: la existencia de una sola y unificada comunidad islámica (*umma*) ligada por lazos religiosos y sociales, capaz de superar las viejas divisiones tribales; la existencia de una sola y absoluta autoridad, basada en la Ley Divina revelada por Allah al Profeta; y la idea de autoridad única dentro de la *umma*, no solo de Mahoma como Profeta, sino de sus sucesores los califas (del árabe *jalifa*, sucesor) como representantes de la *umma*. Sobre esas bases (nueva religión, nueva comunidad tribal, nuevo Estado) se inicia una expansión territorial que, ya en tiempos de Mahoma, condujo a la unificación política del Hiyaz, lograda hacia el 632, mientras que con los primeros califas (lo llamados *rashidun* u ortodoxos, al ser aceptados por toda la comunidad islámica) la expansión alcanzaba las provincias bizantinas de Siria y Egipto y las persas de Iraq y el Jurasán.

A la par que el mundo islámico se extendía geográficamente y se consolidaba desde el punto de vista político, surgieron también las primeras disensiones internas con motivo de la sucesión de Omar, el segundo califa. El consejo de notables reunido al efecto designó a un miembro del clan Omeya, Utmán, como tercer sucesor de Mahoma, provocando con ello el enojo de Alí, yerno del Profeta, y de su mujer Fátima, de Aysa, su viuda y última esposa, y de otros personajes que estimaban que sólo debían ser elegidos califas los descendientes de la familia del Profeta (el marido de Fátima, Alí, y sus hijos Hasan y Huseyn, todavía menores), nunca un miembro del clan de los Omeyas que tanto se había opuesto inicialmente a la labor de Mahoma. Ello dio lugar a la progresiva formación de dos facciones, la de quienes apoyaban a los Omeyas y la de quienes hacían lo propio con los familiares directos del Profeta. Cuando el año 656 un grupo de soldados, no se sabe si inspirados por los partidarios de Alí o por él mismo, asesinaron a Utmán y Alí fue proclamado califa, éste hubo de hacer frente a la oposición radical del gobernador de Siria, Muauía, nuevo líder del clan Omeya y futuro primer califa de esa dinas-

tía, que reclamaba para Alí un castigo ejemplar acusándole de haber estado detrás de la muerte de Utmán. Ambos pretendientes al título de califa se enfrentaron en la batalla de Siffin el año 657 y en ella se produjo el famoso episodio de que los partidarios del Omeya, antes de emprender el combate, colocaron en las puntas de sus lanzas hojas del Corán, dando a entender con ello que la cuestión debía decidirse mediante un arbitraje inspirado por Allah. Alí aceptó dicho arbitraje, pero para su sorpresa los árbitros encargados de tomar la decisión dieron la razón a Muauía y le proclamaron califa. Este fue el origen de la primera gran división en el seno de la *umma*, escindida entre *shi'íes* (del árabe *Shiat-u-Alí*, seguidor de Alí) que defendían el derecho a la sucesión de Alí (asesinado en 661) y de sus descendientes (Hasan y Huseyn); y los *sunníes* (seguidor de la *Sunna*, colección de relatos y hechos atribuidos a Mahoma) u ortodoxos, que aceptaron el resultado del arbitraje, siguieron el partido de los Omeyas y formaron la facción "oficial" del Islam en el poder.

Muauía (661-680) se convirtió así en el primero de los califas Omeyas y trasladó la capitalidad del mundo islámico a Damasco, en Siria, región de la que era gobernador antes de ocupar el trono y en la que el clan Omeya contaba con numerosos partidarios (debido a los fuertes lazos establecidos con los habitantes de esa región desde época preislámica gracias al comercio caravanero). Se trataba de territorio arabizado, exento de tensiones sociales, que ocupaba una posición geográfica próxima al Mediterráneo que ya empezaba a resultar central en el conjunto del mundo islámico por esos años. Instituyó la sucesión hereditaria al título califal por línea directa (algo hasta entonces desconocido en el mundo árabe), lo que ayudó a consolidar el Califato mediante la creación de una dinastía de gobierno. Dinastía cuyo gobierno abarca desde la fecha de llegada de Muauía al poder (661) hasta mediados del siglo VIII (751) y en el que se alcanzó, no solo la máxima extensión territorial del Islam, sino el último período de unidad política de la *umma*.

Entre los años 634 y 750, el Estado islámico surgido en Arabia, al que se designa historiográficamente por el nombre de Califato, se extendió por todo el Próximo Oriente y Norte de África en uno de los movimientos de conquista más rápidos y vigorosos de la Historia de la Humanidad. Dicho movimiento tuvo dos fases principales; entre los años 634 y 660, durante el mandato de los cuatro primeros califas (los *rashidun* Abu Bakr, Omar, Utman y Alí), los musulmanes conquistaron Arabia, Siria, Egipto, Túnez, Iraq y el Occidente de Persia; después, entre el 660 y el

750, bajo el gobierno de los califas Omeyyas de Damasco, se conquistaron, en Oriente, la región del Jurasán (Irán oriental), Transoxiana (actuales repúblicas de Uzbekistán, Kirguizistán y Kazajistán), Afganistán y la región del Sind hasta el límite impuesto por el curso del río Indo (Pakistán); y en Occidente, el Magreb y la Península Ibérica. Son difíciles de establecer con nitidez tanto las razones que impulsaron estas conquistas como las causas de su éxito. Entre las primeras, quizás se puede citar el deseo de extender la nueva Fe (punto de vista musulmán tradicional), asegurar las rutas de comercio transarábicas mediante el control de los puertos sirios o consolidar el Estado islámico dominando la amenaza exterior que representaban las tribus nómadas fronterizas de Siria e Iraq; entre las segundas, la existencia de un poder militar superior (ejércitos dotados de brillantes generales, buena organización interna, uso del caballo y del camello como medios de combate, empleo de la capacidad bélica de las tribus nómadas en un plan organizado), el agotamiento de los Imperios Bizantino y Sasánida, la desafección de los habitantes de las zonas invadidas. Pero sigue sin vislumbrarse de manera clara cómo ejércitos árabes inferiores en número lograron derrotar con tan aparente facilidad a tropas bizantinas y sasánidas superiores en número y respaldadas por Estados de mayor tradición, y no solo en escaramuzas o combates menores, sino en grandes batallas a campo abierto como las celebradas en Ajnadayn, Yarmuk, Qadisiya y Nehavend.

En cualquier caso, un proceso de conquistas de tal magnitud y rapidez no pudo por menos de ejercer una serie de influencias sobresalientes sobre el Próximo Oriente y el mundo mediterráneo. La modificación del mundo antiguo en regiones como Siria y Egipto, donde ciudades que había sido principales depositarias de la tradición cultural de la Antigüedad (Antioquía, Alejandría, Damasco) se integraron a partir de entonces en el mundo islámico; la aparición de los musulmanes en la orilla meridional de dicho mar cambió las condiciones económicas de la Antigüedad, rompiendo su unidad cultural, dificultando los contactos comerciales Asia-Europa, dando paso en definitiva a esa nueva época que sirvió de base para el nacimiento de la tesis del historiador belga Henri Pirenne sobre el inicio de la Edad Media; y sobre todo, se creó una civilización original, de caracteres bien distintos a los de Europa Occidental y el mundo bizantino, que marcó el desarrollo histórico de la Edad Media y del mundo actual. A corto plazo, la principal consecuencia de las conquistas fue la arabización e islamización de los territorios sometidos,

hacia los que se produjo una fuerte emigración árabe, se crearon importantes centros de población (Kufa y Basora en Iraq, Fustat en Egipto, Qairuán en Túnez) que actuaron como auténticos focos de arabización e irradiación cultural; la gradual conversión al Islam de las poblaciones dominadas, como fruto de dicho contacto y del ventajoso trato que en materia social y de impuestos recibían los musulmanes en relación a quienes practicaban otras religiones. Por último, es importante destacar que, precisamente como consecuencia de la rapidez con que se llevó a cabo la conquista y de la enorme amplitud de los territorios conquistados, el Imperio islámico contó, desde el principio, con importantes factores de diversidad y disgregación, hasta el punto de que el mundo islámico clásico, unido bajo el mando de un solo Califa, sobrevivió apenas dos siglos (desfase entre la extensión del territorio conquistado y la capacidad real del Estado islámico para gobernarlo; diversidad étnica, religiosa, lingüística y cultural en el interior en el Imperio; presión fronteriza de pueblos exteriores).

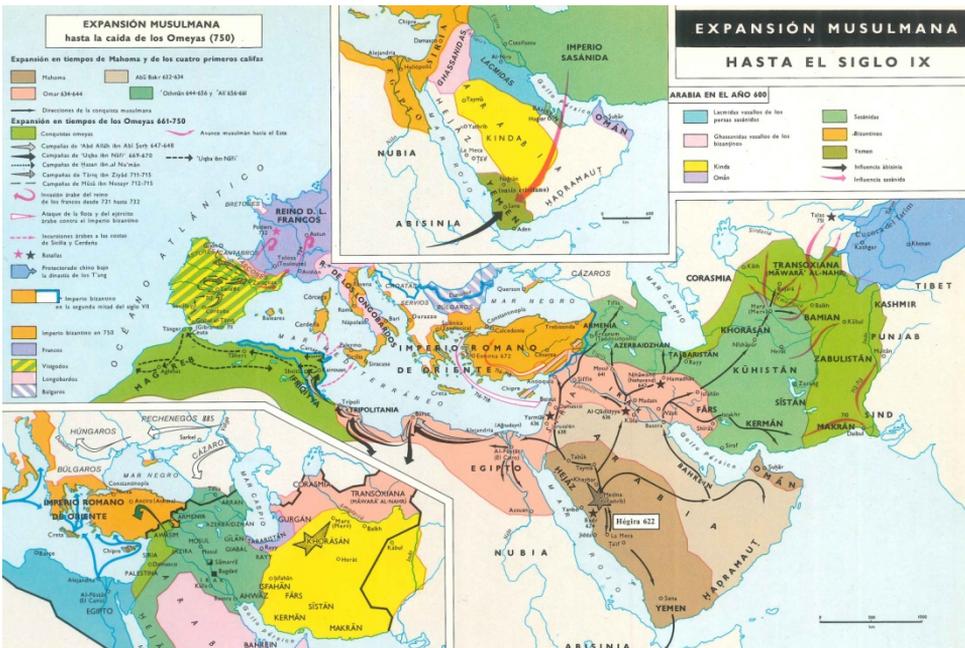


Fig. 5. La expansión islámica, siglos VII-VIII (Fuente: *Atlas Histórico de la Historia Universal Ilustrada Noguer-Rizzoli-Larousse*, Noguer, Barcelona, 1974, p. 34).

Formando parte de este inusitado movimiento de expansión territorial, se produjo la incorporación de la Península Ibérica al mundo islámico, hecho clave que cambió el curso de su historia y que ha influido en el carácter y en las tradiciones hispanas hasta nuestros días. Sin embargo, todos los acontecimientos que rodean dicha invasión plantean graves problemas de interpretación, tanto por la ambigüedad de los textos cronísticos, como por los presupuestos ideológicos que, de forma más o menos consciente, han configurado la toma de posición de los historiadores ante el hecho de la conquista islámica. Si Levi-Provençal reconocía como válida la versión tradicional de los acontecimientos que condujeron a la fulminante desaparición del Estado visigodo peninsular y a la casi nula oposición hallada por el ejército musulmán tras la batalla de Guadalete, Pierre Guichard insistía en la situación de crisis que atravesaban a la sazón el Estado y la sociedad visigodos, mientras que Ignacio Olagüe interpretaba la invasión como un período de luchas caóticas entre movimientos cristianos opuestos que habría dado como resultado la adopción del Islam por parte de los habitantes de Hispania y la posterior llegada de árabes y bereberes que, en realidad, nunca la habrían invadido ni conquistado. Sea de una u otra forma, el hecho claro es que la instalación de árabes y bereberes en la Península se llevó a cabo entre los años 711 y 720 y que, hacia el año 750, cuando los Omeyas fueron reemplazados al frente del Califato por sus rivales Abbasíes, su dominio territorial en ella estaba bien asentado.⁹

La dinastía Omeya que regentaba el Califato fue sustituida a mediados del siglo VIII por la Abbasí, apoyada por un movimiento en favor del gobierno de la familia del Profeta. Hugh Kennedy afirmaba que los Abbasíes fueron capaces de llevar a cabo su revolución, incluso su gobierno, gracias al apoyo de una buena parte de los musulmanes del Ju-

⁹ LEVI-PROVENÇAL, Evariste, *La España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba, 711 - 1031*, Madrid, 1976; GUICHARD, Pierre, *De la expansión árabe a la reconquista: esplendor y fragilidad de al-Andalus*, Granada, 2002; OLAGÜE, Ignacio, *Les Arabs n'ont jamais envahi l'Espagne*, París, 1970; COLLINS, Roger, *La conquista árabe 710-797*, Barcelona, 1993; CHALMETA, Pedro, *Invasión e islamización. La sumisión de Hispania y la formación de al-Andalus*, Madrid, 1994; TAHA, Abdulwahid, *The Muslim Conquest and Settlement of North Africa and Spain*, Londres, 1989; VALLVÉ, Joaquín, GARCÍA, Eduardo, *La conquista árabe de España*, Madrid, 1989.

rasán, una de las provincias del Imperio Sasánida que mejor había conservado su identidad tras la conquista islámica. El mensaje Abbasí insistía en la igualdad de todos los musulmanes por encima de raza y ascendencia, de forma que la revolución no fue un golpe de Estado asestado por una facción de la élite gobernante contra otra, sino más bien un intento de reconducir la política islámica poniendo a gobernantes y gobernados bajo el liderazgo de la familia del Profeta. Aunque Maruán II, el último califa Omeya, intentó resistir en su tierra familiar de Siria, fue vencido en enero del 750 en la batalla del Gran Zab, después de la cual la familia Omeya fue exterminada (excepto un príncipe segundón, llamado Abd al-Rahmán, que al cabo de seis años de estancia en el Magreb llegaría a al-Andalus para fundar un emirato independiente). El primero de los califas de la nueva dinastía, Al-Saffah, solo gobernó cinco años (749-754), pero la llegada al Califato de su sucesor al-Mansur (754-775) supuso la auténtica fundación del régimen Abbasí expresada materialmente por la fundación de Bagdad, ciudad que pocos años después de su nacimiento se había convertido en la gran metrópoli del Islam.

El tránsito del siglo VIII al IX, marcado por la *época dorada* de Harún ar-Raschid (786-806), el Califa protagonista de *Las mil y una noches*, representó el último período de prosperidad y unidad política en un Islam que, a partir del año 809, sintió los efectos de la guerra civil mantenida entre los hijos de Harún (809-833), la crisis del llamado *Califato de Samarra* y de la década de anarquía (830-870), la pérdida desde los años finales del siglo anterior del dominio político Abbasí sobre los territorios occidentales (la Península Ibérica, ahora en manos Omeyas, y el Magreb), factores cuya vinculación terminó por desestabilizar el difícil equilibrio político del Califato, dando lugar a la fragmentación política del Islam. De hecho, la fragmentación había comenzado a hacerse visible en los territorios de Occidente desde el año 756, cuando Abd al-Rahmán I consiguió formar en al-Andalus un emirato independiente del Califato oriental; poco tiempo después, al otro lado del Estrecho, los *Rustumíes* establecieron un principado independiente en Tahert (760) mientras los *Idrisíes* lo hacían en Fez (790). Para hacer frente a esta fragmentación política, los Abbasíes entregaron el control de Ifriqiya a su gobernador en Túnez, Ibn Aglab, fundador de la dinastía *Aglabí* (800), sancionando con ello de alguna manera el que, a partir de principios del siglo IX y de la guerra civil que enfrentó entre sí a los hijos de Harún ar-Raschid, las tierras occidentales del Islam se tornaran Estados gobernados por dinastías independientes.

En al-Andalus, el siglo VIII supuso la culminación del proceso de conquista (aunque aceptando la independencia fáctica de numerosos territorios, entre los que destaca de manera particular el reino de Asturias, en manos de gobernantes cristianos desde el enfrentamiento de Covadonga del año 722), y la aparición de un Estado independiente del Califato Oriental a partir del momento en que el único príncipe superviviente de la familia Omeya, Abd al-Rahmán I, llegó a la Península, ocupó el poder en Córdoba gracias al apoyo de los numerosos clientes del clan e inició el gobierno de la dinastía Omeya (756). En al-Andalus, a una época inicial de consolidación dinástica, siguió durante el siglo IX un período de dificultades de índole tanto interna como externa. En el interior, y como evidencian las revueltas mozárabes de la época de Abderramán II (822-852), tras más de un centenar de años de ocupación de la Península, los procesos de arabización e islamización de al-Andalus se intensifican, la orientalización cultural del territorio se expresa a través de los conocidos textos de San Eulogio o de la llegada masiva de emigrantes procedentes del Próximo Oriente (Ziryab, Abbas Ibn Firnás). Todo lo cual rompe las reglas de juego aceptadas tradicionalmente en numerosas comarcas y provoca las conocidas revueltas muladíes de la segunda mitad del siglo IX, reacciones armadas de rebeldes como los Banu Qasi, en el valle del Ebro; Ibn Marwán, en la zona de Toledo y Extremadura; y, sobre todo, Ibn Hafsun quien, desde Bobastro (identificada con Mesas de Villaverde, en término de la malagueña localidad de Ardales), mantuvo en jaque al Emirato cordobés durante los años 80 y 90 del siglo IX.¹⁰

EL DEVENIR HISTÓRICO DEL SIGLO X

Los territorios de Occidente

A partir de la muerte de Carlos el Calvo, en el año 877, aparecen en el seno del Imperio dos ramas de la familia carolingia que gobiernan, la primera, sobre el llamado *reino franco occidental* (territorio aproximadamente coincidente con el de la Francia actual más los Países Bajos), y la

¹⁰ CRUZ HERNÁNDEZ, Miguel, *El Islam de al-Andalus: historia y estructura de su realidad social*, Madrid, 1992; MANZANO, Eduardo, *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas*, Madrid, 1991; ID., *Conquistadores, emires y califas. Los Omeyas y la formación de al-Andalus*, Barcelona, 2006.

segunda, sobre el *reino franco oriental* (las tierras de Alemania, Suiza, norte de Italia llamadas a constituir el Imperio Germánico medieval). El siglo X ha sido conocido, sobre todo en la historia de Francia, como el período de gobierno de los *últimos carolingios*, monarcas que, sin llegar a caer en un estado de crisis tan lamentable como el vivido por los últimos merovingios (*long-haired kings*), sufrieron un enorme desprestigio y una fuerte pérdida de la autoridad real, en buena parte ocasionada por la diversidad cultural y lingüística y las contradicciones internas que había generado la enorme extensión territorial del Imperio, pero también, quizás como principal motivo, por la peligrosa amenaza exterior generada por los pueblos protagonistas de las llamadas migraciones escandinavas.

En efecto, desde principios del siglo IX y sobre todo durante el siglo X, se reanudan en Europa grandes movimientos de pueblos que dan lugar a una oleada que ha sido tradicionalmente conocida como las *segundas invasiones*. Por supuesto, se trató de un movimiento bien distinto al del siglo V, tanto por haber sido protagonizado por pueblos diferentes (en especial de origen escandinavo, noruegos, suecos y daneses, en Europa occidental, de origen asiático, eslavos y húngaros, en la oriental) como por ofrecer unos resultados menos espectaculares y aporte étnicos mucho más escasos. Sin embargo, su impacto se vio acrecentado al incidir sobre un mundo carolingio en profunda crisis, favorecer el proceso de descomposición política del Imperio y facilitar la reorganización social que conducirá a la aparición del feudalismo como sistema de gobierno en las regiones más afectadas; e incluso dando lugar a la aparición de nuevos reinos. En este sentido, la acción más duradera de los escandinavos fue la creación del ducado de Normandía, en el occidente de Francia, y del principado de Kíev, en la actual Rusia, estados ambos de origen vikingo rápidamente adaptados a la realidad social y cultural de los territorios en que se formaron. Aunque las incursiones de los vikingos afectaron tanto a Europa Occidental como a la Oriental, sus efectos sobre el Oeste del continente fueron más vastos y duraderos. Mientras, húngaros y eslavos daban origen a las naciones de Europa Oriental; la historiografía polaca, desde Gieysztor, ha llamado “zona gris” (*Grauzone*) al territorio extendido entre el reino franco oriental y el Imperio Bizantino en la época anterior al año 900. En los albores del año mil la zona gris se había “coloreado”, los pueblos que la ocupaban se habían integrado en la Cristiandad y sus líderes políticos buscaban la unificación política y cultural de sus territorios. Y como las invasiones húngaras del siglo X dejaron a los eslavos del norte y

del centro de Europa oriental bajo control germano, la actuación política del Imperio Germánico en la época de la Casa de Sajonia resultó tan decisiva para el nacimiento de Europa Oriental como la del propio Bizancio.¹¹

Cuando los escandinavos emprendieron sus primeras expediciones eran todavía un pueblo que hablaba la misma lengua -el noruego antiguo-, poseía una religión común y un mismo modo de vida. Aunque la configuración de reinos independientes en Escandinavia no se producirá hasta el siglo XI, en el IX comenzaban ya a diferenciarse tres nacionalidades: Suecia, nacida de la unión de los pueblos *göter* y *suear*; Noruega, donde se hallaban asentados pueblos políticamente independientes pero vinculados por una importante ruta comercial; y Dinamarca, nacida de la unión de *jutos* (asentados en la Península de Jutlandia) y *daneses* (establecidos en las islas que bordean sus costas). Suele decirse que la capacidad de navegación de estos pueblos explica la brillantez de sus conquistas y el amplio radio de acción cubierto, puesto que sus dragones (*drakar*) eran brillantes naves de guerra capaces de combinar el uso de vela y remos, navegar por alta mar, seguir la costa e incluso adentrarse por los ríos; pero su éxito militar no sólo estuvo basado en el dominio de la técnica marítima, sino en el hábil uso de armas de un hierro magnífico (hachas de doble hoja, espadas) y en la existencia de una organización militar avanzada, adquirida en campos de entrenamiento como Trelleborg o Fyrkat, que determinan su superioridad bélica sobre los pueblos a los que se enfrentaron.

El término *vikingo* con que hoy solemos designar a estos pueblos, procede del noruego antiguo *vik*, bahía, de forma que el nombre querría decir algo así como “hombres de las bahías”; pero en las crónicas medievales aparecen habitualmente bajo la denominación de *normandos* (*nor-man*, hombre del norte). Los pueblos con los que entraron en contacto en Occidente no podían distinguir con claridad la procedencia geográfica de unos y otros normandos, pero ellos sí se distinguían con claridad entre noruegos, daneses y suecos, y cada pueblo tuvo un campo de acción bien definido.

La actuación de los noruegos se centró en Europa Occidental y el Atlántico Norte. Desde el principio se establecieron en las islas despobladas del norte de Escocia (Shetlands, Órcadas, Hébridas, Islandia), efec-

¹¹ GRAHAM-CAMPBELL, James, *Cultural Atlas of the Viking World*, Oxford, 1994; MUSSET, Lucien, *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1975.

tuaron *razzias* costeras por Inglaterra y Francia basadas en el efecto sorpresa, y en Irlanda fundaron Dyfflin (la actual Dublín) en 840 y llegaron a dominar toda la isla hasta el siglo XI en que fueron expulsados por la población autóctona irlandesa (*Irish*). A finales del siglo X, Erik el Rojo, jefe vikingo desterrado de Islandia por asesinato, navegó hacia el Oeste descubriendo Groenlandia, la tierra verde que rápidamente fue colonizada mediante el establecimiento de factorías comerciales. Desde ahí su hijo Leif realizó diversas expediciones por las costas orientales de Norteamérica, llegando hasta la tierra bautizada como Vinland (¿tierra del vino?), posiblemente la actual península de Terranova, donde hubo algunos intentos de colonización y comercio con los indios que acabaron por fracasar. Los establecimientos noruegos se hicieron, pues, mayoritariamente en territorios desiertos, no poblados con anterioridad, donde establecieron sobre todo factorías comerciales sin una auténtica ocupación del terreno.

Los suecos centraron sus actuaciones, durante el siglo IX, en el ámbito ruso; de hecho, esta palabra tiene su origen en un término finés, *rus* (mercader), con el que los pueblos eslavos designaron a los suecos además de como varegos -del escandinavo *var*, mercancía-. En este período, líderes de origen sueco impusieron su dominio político sobre las diferentes tribus eslavas establecidas en el extremo nororiental de Europa, asegurándose el control de las rutas comerciales que, partiendo del Báltico y siguiendo el curso de los ríos, conducían hasta Constantinopla (a través del Dniéper) y Bagdad (por el Volga). Desde principios del siglo X la propia capital de Bizancio, que los suecos llamaban *Miklagård*, "gran ciudad", se vio amenazada por diversos asaltos que solo cesarán a partir del año 911, tras la firma de un tratado entre ambos pueblos. A fines del siglo IX, Rurik (862-879), un príncipe sueco, conquistó la ciudad de Novgorod, mientras que su hermano y sucesor, Oleg (879-912), se apoderaba de Kíev y en pocos años convertía a dicha capital en el más importante foco comercial del Este de Europa.

Con todo, las incursiones fundamentales de los pueblos escandinavos estuvieron protagonizadas por daneses que, lejos del carácter pirático y saqueador de las acciones emprendidas por los noruegos, llevaron a cabo una verdadera labor de colonización de territorios; al igual que lo ocurrido con pueblos germánicos de las primeras invasiones, se convirtieron al Cristianismo, adoptaron las costumbres de las regiones en que se instalaron y dieron lugar a organizaciones políticas que acabarían integrándose en el conjunto de Estados europeos. En Inglaterra conquistaron Northum-

bria mediante la firma de un pacto entre Alfredo de Wessex y Guthrum, el líder danés, en el año 878, por el que el monarca sajón reconocía el derecho de los daneses a establecerse en la parte norte de la isla, en ese territorio comprendido entre la ciudad de York (*Jorvik*) y el río Támesis llamado a convertirse en el *Danelaw*, el territorio donde imperaba la ley danesa en el corazón de Inglaterra.

En Francia sus incursiones se tornaron imparables desde el reinado de Carlos el Calvo, numerosas ciudades fueron asaltadas y se registraron los primeros pagos del *danegeld*, tributo que las poblaciones satisfacían para librarse de sus ataques. En noviembre del 885 atacaron París, sometiendo a un prolongado cerco durante tres años, pero la ciudad pudo salvarse gracias a la enérgica actuación del conde Eudes quien, en el año 888, fue elegido por un grupo de parisinos como nuevo monarca, abriendo un período de casi un siglo durante el que los descendientes de los carolingios se enfrentaron a los de Eudes (futuros Capetos) por ocupar el trono, hasta que en el año 987 se produjera el ascenso de Hugo Capeto y la ocupación definitiva del trono por la dinastía Capeta. Esa misma incursión dio como resultado el establecimiento permanente de los daneses en las tierras del curso inferior del río Sena, donde uno de sus jefes, Rollon, firmó un tratado con Carlos el Simple para gobernar la región de Neustria (911) y se convirtió al Cristianismo (912), para que finalmente sus seguidores se asentaran en la región del bajo Sena y dieran lugar al Ducado de Normandía, principado político independiente aunque nominalmente ligado al reino franco, destinado a asumir un papel de primer rango en la historia europea de los siglos X y XI.

Como consecuencia de estos enfrentamientos y de la falta de autoridad de los monarcas carolingios desde mediados del siglo IX, se produjo una total dispersión de la autoridad central y la aparición de una amplia serie de poderes locales independientes, ligados nominalmente a los monarcas carolingios pero que en realidad actuaban de forma totalmente autónoma. Son los llamados *principados territoriales*, formaciones políticas a cuyo frente se situó un duque o un conde que ejercía su control sobre varios condados o pequeños territorios. Estos gobernantes se comportaron como señores independientes que ejercían en sus dominios las funciones antes reservadas a los reyes, percepción de impuestos, administración de justicia, organización de ejércitos, promulgación de leyes, lo que contribuyó a redefinir las relaciones de vasallaje que van a caracterizar el régimen feudal, el régimen político atomizado que constituye la forma de gobier-

no habitual en el mundo europeo durante los siguientes siglos. A inicios del siglo X había en Francia unos treinta de estos distritos territoriales, mientras que a mediados del siglo se había superado la cincuenta. Los más importantes, Normandía, Flandes, Bretaña, Aquitania, Borgoña, Provenza, cuyos señores tuvieron con frecuencia un poder superior al de los propios monarcas de la Ille de France.

La situación en Alemania fue muy diferente a la experimentada por Francia, por el territorio occidental del Imperio. En primer lugar porque sólo se formaron cinco grandes ducados (Franconia, Suabia, Turingia, Sajonia y Baviera), a los que se vino a añadir Lorena, que coincidían básicamente con las antiguas nacionalidades germánicas y cuyos líderes fueron jefes militares de familias que habían adquirido fama y prestigio en la defensa de las fronteras del reino. En segundo término, y es quizá la principal diferencia con la zona occidental, los príncipes alemanes reconocieron la autoridad monárquica y a la muerte del último monarca carolingio de la rama oriental, Luis IV el Niño, en 911, los duques, por acuerdo general, eligieron rey a uno de los suyos, Conrado I, duque de Franconia, que iba a ser, de alguna forma, el iniciador del Imperio Germánico medieval. Gradualmente, venciendo al principio una tenaz oposición, Conrado consiguió extender su autoridad, detuvo a los magiares en el sur del reino y legó a su sucesor un Estado estable, que estaba preparado para jugar el papel rector en la política europea que desempeñaría durante los siglos siguientes. Su sucesor, el duque de Sajonia Enrique I, ejerció como monarca alemán entre los años 919 y 936, dando inicio a la dinastía de Sajonia, también conocida como *Otónidas*, protagonista del desarrollo del Imperio Germánico durante el siglo X.¹²

Otón I (936-972) fue elegido por los magnates en Aquisgrán tras la muerte de su padre, porque la monarquía germánica conservó durante toda la época medieval su carácter electivo, aún cuando durante prolongados

¹² FOSSIER, Robert, *La infancia de Europa*, Barcelona, 1984; BARRACLOUGH, Geoffrey, *The Crucible of Europe: the Ninth and Tenth Centuries In European History*, Londres, 1976; ID., *Origins of Modern Germany*, Londres, 1947; BRÜHL, Carlrichard, *Naissance de deux peuples. Français et Allemands, IXe-XIe siècles*, París, 1994; CALMETTE, Jean, *L'Effondrement d'une empire et la naissance d'une Europe, IXe-Xe siècles*, París, 1941; CUVILLIER, Jean Paul, *L'Allemagne Médiévale. Naissance d'un État*, París, 1979; LEYSER, Karl, *Medieval Germany and Its Neighbours, 900-1250*, Londres, 1982.

períodos se entendiera como natural la sucesión dinástica al frente del Imperio. Puede considerarse como el verdadero fundador del Imperio Germánico medieval. Su política estuvo basada en la cooperación con el alto clero, obispos y abades, a quienes permitió ejercer en sus dominios el mismo poder secular que los condes ejercían en los suyos, lo que resultó sin duda una medida muy eficaz para contrarrestar las tendencias disgregadoras de los principados. En las condiciones políticas del siglo X el sistema funcionó, aunque sus inconvenientes se pondrán de relieve durante el siglo XI, cuando el Papa comience a protestar del control imperial ejercido sobre el episcopado alemán, desencadenando un conflicto de lealtades que afectará a las relaciones entre el Imperio y el Papado durante más de un siglo. Otón I se convirtió así en el más poderoso de los monarcas de la Cristiandad, lo que le llevó a intervenir en los asuntos políticos de Borgoña, Provenza e Italia. Y esto, unido al hecho de que él mismo se veía como sucesor de Carlomagno, le condujo a tomar parte activa en la política de Roma y a ser coronado emperador por el Papa Juan XII en el año 962. La concesión del título imperial a Otón determinó que los destinos de Alemania, Italia y el Papado quedaran indisolublemente vinculados durante los siglos siguientes; la costumbre de que los Papas no podrían ser consagrados sin haber prestado previamente juramento al emperador, unida al problema del nombramiento de los obispos alemanes, van a conducir al enfrentamiento entre el Imperio y el Papado durante el siglo XI.

El hijo y el nieto de Otón murieron jóvenes y no tuvieron mucho tiempo de llevar a cabo sus programas de gobierno. Otón II (972-983) ocupó el trono a los 18 años y dedicó la mayor parte de su reinado a someter las ambiciones de sus rivales, los duques de Baviera, Suabia y Lorena, falleciendo de malaria a los 27 años de edad. Por ello resulta especialmente interesante el reinado de Otón III (983-1002). En oposición a la leyenda del sello de Luis el Píadoso, *Renovatio Regni Francorum*, Otón III usó la de *Renovatio Imperii Romanorum*, dando a entender con ello que se situaba al frente de un Imperio cristiano universal donde la Iglesia y el Papa eran tan solo instrumentos del gobierno imperial. Otón III depuso y nombró a numerosos Papas de acuerdo a sus necesidades políticas y dominó por completo asuntos y cargos eclesiásticos. Con su apoyo llegó al Papado, en el año 998, Gerberto de Aurillac, el “Papa del año mil”, que tomó el nombre de Silvestre II; con él residiendo en Letrán y Otón III en el Aventino, el Imperio funcionó como una federación de reinos independientes, unidos por la voluntad del emperador. Tras la

muerte de Otón III ocupó el trono su pariente más próximo, Enrique de Baviera, que con el nombre de Enrique II (1002-1024) fue coronado emperador en Roma por el papa Benedicto VIII (1014). Con su muerte sin descendencia masculina desaparece la Casa de Sajonia, pues su sucesor Conrado II (1024-1039) pertenece a la Casa de Franconia que había de gobernar el Imperio durante el siglo XI.

Durante su reinado, Otón III llevó a cabo un gobierno con planteamientos netamente universalistas; visitó Polonia, cuyo duque reconoció su autoridad; con su aprobación, Esteban I fue coronado rey de Hungría; se hizo reconocer por príncipes y prelados de toda Europa Central, lo que cristalizó en el nacimiento de numerosos Estados eslavos tutelados políticamente por el Imperio. Así se inicia el reparto de la influencia político-cultural que el Imperio Germánico y el Imperio Bizantino ejercieron sobre las naciones eslavas del Este europeo durante los siglos siguientes.



Fig. 6. El mundo occidental en el año mil (Fuente: George Duby, *Atlas Histórico Mundial*, Debate, Madrid, 1997, p. 46).

Entre los pueblos tutelados directamente por el Imperio Germánico destacan, de manera particular, los húngaros. Los *magiars* eran un pueblo de origen asiático que, en un momento anterior a su penetración en Europa, había absorbido al pueblo turco de los *onoguros* (origen del nombre de húngaros por el que se les conoció en el mundo cristiano), de forma que tanto su lenguaje como sus rasgos étnicos y sus costumbres eran el resultante de varios cruces y constituían mezcla de distintos elementos. A finales del siglo IX tuvieron que abandonar la zona de Kíev debido a la penetración sueca, documentándose desde entonces las primeras incursiones en la zona de Alemania (862). A principios del siglo X, y conducidos en parte por los emperadores bizantinos que vieron en ellos un aliado en su lucha contra los búlgaros, cruzaron el Danubio y se extendieron por Panonia (actual Hungría), donde saquearon numerosas poblaciones. Pronto se dieron cuenta de que su nueva ubicación era una magnífica encrucijada desde la que se podía atacar a casi todas las regiones de Europa. Su ocupación fundamental fue, durante mucho tiempo, el pillaje. Periódicamente, los guerreros de las distintas tribus se reunían para decidir el lugar hacia el que se dirigiría la siguiente expedición. Las incursiones solían ser realizadas en primavera, con hierba alta para alimentar a los caballos, buscando la obtención de botín. Actuaban con rapidez, causando un gran terror en las poblaciones y territorios invadidos, merced a su dominio de la equitación, con el uso cada vez más generalizado de la montura y los estribos. Solían evitar los lugares fortificados y bien protegidos, de forma que sus acciones resultaron especialmente graves en zonas rurales y monasterios, centros aislados, desguarnecidos y que proporcionaban sustanciosos botines.

Los húngaros realizaron numerosas incursiones durante la primera mitad del siglo X, particularmente en Alemania (Baviera) y norte de Italia (Lombardía). Algunas resultan increíbles por su amplio radio de acción: Borgoña 911; Bremen, al norte de Alemania 915; Toulouse 924; Otranto, en pleno tacón de la bota italiana 947. En 954 realizaron una de las más espectaculares, desde la cuenca del Danubio a la del Rin, luego a Lorena y valle del Ródano, pasando por el valle del Po y norte de Italia. Las consecuencias de esta expedición fueron decisivas para forzar la acción del emperador germánico Otón I, quien les derrotó en Lechfeld (955), cerca de Augsburgo. Otón creó nuevas marcas fronterizas para su control, envió misiones de cristianización desde el recién creado obispado de Magdeburgo, en una política que alejaba la constante amenaza de estos pue-

blos y potenciaba su propia supremacía política y militar. Desde entonces los húngaros se convirtieron en ganaderos abandonando el modo de vida nómada, de forma que es a partir de entonces cuando comienza la verdadera formación del reino medieval de Hungría. Hacia el 970, bajo el caudillaje de Geza (970-997), se inicia un proceso de cristianización y aculturación que culmina con Vaik (997-1038), hijo y sucesor de Geza que, en el año 1000, y mediante un acuerdo firmado con el emperador alemán Otón III y el papa Silvestre II, fue coronado rey de Hungría con el nombre de Esteban I. Con San Esteban Hungría entró en el concierto de reinos europeos; su formación tuvo hondas repercusiones en la historia de Europa Central, al separar de manera definitiva a los eslavos meridionales (Serbia, Bulgaria), de influencia cultural y religiosa bizantina, de los occidentales y del norte (Bohemia, Moravia, Polonia), colocando a estos últimos bajo la influencia germana.

En los territorios eslavos situados al norte de los Balcanes e influidos por el Imperio Germánico destaca igualmente la zona de Bohemia. Bori-voj (m. c. 890), primer líder de la familia Premysl conocido históricamente, consolidó su poder en la zona central de Bohemia mediante el control de una amplia serie de fortalezas y adoptó el Cristianismo en la corte morava. A partir de su acción política, la familia de los Premyslís extendió su poder hasta controlar toda Bohemia hacia fines del siglo X. Contemporáneo del monarca germano Enrique I, San Wenceslao (924-929) constituyó un territorio similar en tamaño y desarrollo al resto de los ducados germanos, con un notable grado de independencia, por lo que es reconocido como el fundador de la nación checa. A su muerte, Boleslao I el Cruel (929-967) reconoció la integración del ducado bajo la órbita del Imperio y se declaró vasallo de Otón I; con él, durante los años centrales del siglo X, el territorio checo consolidó su dominio sobre Moravia y se extendió hacia Silesia, Cracovia y Eslovaquia. Con Boleslao II el Píadoso (967-999) la noción de un Estado nacional se había reforzado hasta el punto de que Bohemia logró permanecer como un ducado independiente, pese a las ambiciones territoriales de su poderoso vecino el Imperio Germánico.

Por su parte, también hacia mediados del siglo X, los polanos comenzaron a ganar protagonismo político y su jefe, el duque Micislao I (Mieszko I, 962-992, perteneciente a la dinastía de los Piast), se convirtió al cristianismo católico en el 966, logrando constituir hacia el 975 un Estado unificado que controlaba todo el territorio conocido como Gran

Polonia (Pomerania, Mazovia, Silesia). A su muerte, en el 992, Polonia quedaba definitivamente constituida como reino. La culminación de la labor política de Mieszko llegó de la mano de su sucesor, Boleslao I el Valiente (992-1025), que en el último año de su reinado se ciñó la corona regia, adoptando el título de rey, y aunque la duración del reino fue efímera, Polonia quedó en adelante ligada al Imperio Germánico como ducado feudatario.

La edad de oro de Bizancio: la dinastía macedónica (842-1056)

Entre los siglos IX y XI el Imperio Bizantino alcanzó el momento culminante de su historia, consiguiendo un relativo equilibrio interior, consolidando sus fronteras y desarrollando sus instituciones políticas, todo lo cual permitió el resurgimiento cultural y el aumento del prestigio exterior. Los logros obtenidos durante esos siglos por el Imperio fueron obra de un conjunto de emperadores de gran talla que gobernó un Estado bien definido desde el punto de vista de su realidad política e institucional. La dinastía macedónica basó su estabilidad en la idea del legitimismo dinástico de los *porfirogénitos* (“nacidos en la púrpura”, símbolo del poder real), miembros de la familia imperial cuyos derechos fueron siempre respetados por los diferentes usurpadores que detentaron el poder a lo largo del siglo X; en los grandes triunfos obtenidos en el ámbito militar, tanto en Occidente, con la práctica eliminación del Primer Imperio Búlgaro, como en Oriente, donde se produjo una cierta recuperación bizantina a costa de territorios islámicos; y, desde el punto de vista religioso, en la separación definitiva de las iglesias Católica y Ortodoxa, ruptura precedida por la crisis provocada por el patriarca Focio, a mediados del siglo IX, pero acabada de definir por la de Miguel Cerulario, a mediados del XI. Esta trilogía de factores resulta clave para entender la influencia del Imperio sobre el conjunto de pueblos eslavos situados en y al norte de los Balcanes, aquel que Dimitri Obolensky definiera como la “Commonwealth” bizantina.¹³

¹³ CABRERA, Emilio, *Historia de Bizancio*, Barcelona, 1998; MUSSET, Lucien, *Las invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1975; OBOLENSKY, Dimitri, *The Byzantine Commonwealth. Eastern Europe 500-1453*, New York, 1971; RUNCIMAN, Steven, *The Emperor Romanos Lecapenus and his Reign. A Study of Xth-Century Byzantium*, Cambridge, 1988.

Durante el reinado de Miguel III (842-867) se inició la obra más importante de las desarrolladas por Bizancio allende sus fronteras, la evangelización del mundo eslavo, que extendió la influencia de la Iglesia bizantina entre los pueblos de Europa Oriental y proyectó sobre ellos su cultura. Además, la cristianización sirvió de vehículo para conseguir la unidad de muchos de estos pueblos eslavos y los imprescindibles marcos institucionales para la constitución de nuevas monarquías. La primera actuación se llevó a cabo en Moravia, en una misión encomendada a los hermanos Cirilo y Metodio, originarios de Tesalónica; dado lo profundo de la penetración eslava en Macedonia, Tesalónica era entonces una ciudad donde, junto al griego, se hablaba un dialecto eslavo que ambos hermanos utilizaron como vehículo de expresión en sus predicaciones, creando una lengua literaria, el *eslavón* o eslavo litúrgico, al que tradujeron los textos evangélicos y con el que consiguieron hacerse entender por los más diversos grupos eslavos, creando una auténtica lengua internacional. Para la utilización escrita de esa lengua, Cirilo tuvo que inventar un alfabeto nuevo, el *glagolítico*, aunque fueron los discípulos de Metodio quienes acabaron imponiendo el uso del llamado *cirílico*, adaptado del griego y que terminaría por imponerse por su mayor sencillez.

Con Basilio I (867-886) se inaugura la época de la dinastía macedónica, que regirá de forma brillante los destinos de Bizancio hasta mediados del siglo XI. Basilio da inicio a la práctica de asociar al trono a los hijos del monarca gobernante que, actuando prácticamente como co-emperadores, aseguraban la sucesión al trono sin querellas internas, e igualmente abre una etapa de recuperación territorial de Bizancio. El emperador de mayor importancia durante el siglo X bizantino fue Constantino VII (913-959), a quien se conoce habitualmente por el sobrenombre de *Porfirogénito* y en cuyo reinado destacan las campañas militares realizadas en la frontera oriental de Anatolia, aprovechando la fragmentación del califato Abbasí en dinastías locales. A partir del 970 la lucha en esta región se desarrolla contra el Califato Fatimí, que ya había llevado a cabo la conquista de Egipto y la fundación de El Cairo (969), y aunque la mayor parte de los territorios conquistados en Siria-Palestina se perdieron en los años siguientes, la conquista de las estratégicas Creta y Chipre proporcionó a Bizancio una hegemonía marítima en el Mediterráneo oriental que se convirtió en fuente básica de ingresos comerciales para el mantenimiento de su política exterior.

En las fronteras occidentales, destaca la labor realizada en el Primer Imperio Búlgaro por su líder Simeón I (893-927), con quien dicho Estado alcanzó su máxima extensión y fortaleza. Conocido como el *mediogriego* por haberse educado en la corte bizantina, a la vuelta a su país de origen soñó con la creación de un Imperio que englobase tanto a su propio reino como a Bizancio. Su peligrosa amenaza sobre Constantinopla evidenció la hegemonía búlgara en los Balcanes durante la primera mitad del siglo X. En el 925 se detecta, incluso, el uso por parte de Simeón del título “zar de los búlgaros y de los romanos”, fruto de la extensión alcanzada por sus dominios que comprendían buena parte de Macedonia y Tracia, además de Serbia y Albania. Con su sucesor, Pedro (927-969), el Primer Imperio Búlgaro comienza su decadencia pues, agotado por el esfuerzo del anterior reinado, hubo de enfrentarse a la amenaza de los húngaros y del principado de Kíev, y ello fue aprovechado por Bizancio para recuperar una buena porción del territorio más oriental del Imperio Búlgaro. Finalmente, Basilio II (976-1025) desarrolló una amplia serie de campañas para obtener el dominio definitivo del territorio búlgaro, campañas con las que ganó su sobrenombre de *bulgaróctonos* (matador de búlgaros), en particular por las acciones cometidas tras la batalla de Kleidion (1014).



Fig. 7. El Imperio de Basilio II (Fuente: George Duby, *Atlas Histórico Mundial*, Debate, Madrid, 1997, pp. 42-43).

Los inicios del agrupamiento político que va a conducir a la constitución de los principados rusos en los siglos siguientes hay que buscarlos en la creación de las rutas comerciales transeuropeas que, de norte a sur y siguiendo el curso de los grandes ríos, unían el Báltico con los mundos bizantino e islámico. Desde finales del siglo VIII los comerciantes suecos, llamados varegos (de *var*, mercancía) se establecieron en ciudades como Novgorod y Kiev, asegurando allí su poder político. El papel jugado por Rurik (862-879) en el territorio de Novgorod, y por su hermano y sucesor, Oleg (879-912), en Kiev, donde hacia el año 880 constituyó el primer Estado ruso verdadero, dio lugar a una dinastía que gobernó en la zona hasta el siglo XVI. La consolidación del principado de Kiev vino de la mano de la cristianización y de la influencia cultural bizantina. La princesa Olga se convirtió en secreto en Bizancio en 955, y en 988 su nieto, el príncipe kievano Vladimir (980-1015), adoptó oficialmente el cristianismo como religión oficial del reino, que se integró así en la Cristiandad oriental. Casado con una hermana del emperador bizantino, importó a Kíev tanto el ritual como el estilo artístico de la iglesia bizantina, así como las instituciones de gobierno de Bizancio. Vladimir murió en 1015 y fue convertido por su pueblo en una figura casi mítica, rodeada por la aureola de la santidad (la festividad de San Vladimiro se celebra el 15 de julio), y héroe de las epopeyas populares rusas (*bylinas*).¹⁴

Tras un lento declive, vivido entre los años 1025 y 1055, la dinastía macedónica se extingue a la muerte de Constantino IX (1042-1055), hecho que coincide con la ruptura definitiva entre las Iglesias de Roma y Constantinopla como resultado de las disputas entre el Papa León IX (1049-1054) y el patriarca de la capital bizantina, Miguel Cerulario (1043-1058), disputas que dieron como resultado la excomunión mutua pronunciada en 1054 y la consolidación hasta nuestros días de una Iglesia Ortodoxa separada de la Latina.

¹⁴ RUNCIMAN, Steven, *A History of the First Bulgarian Empire*, Londres, 1930.; ANGELOV, Dimitri, *Les Balkans au Moyen Age: la Bulgarie des Bogomils aux Turcs*, Londres, 1978; OBOLENSKY, Dimitri, *Byzantium and the Slavs*, Londres, 1971.

Las tierras de los tres Califatos

A partir del desastroso reinado de al-Muqtadir (908-932), los califas Abbasíes nunca volvieron a recuperar el control sobre las distintas provincias del Califato, y en el año 946 la ciudad y el propio régimen de Bagdad cayó bajo el control de una familia local, la de los *Buyíes*, en un momento en que ya el resto de territorios que una vez habían formado parte del Califato se hallaba completamente desvinculado del gobierno Abbasí. El siglo X fue, por tanto, testigo de un profundo cambio en la situación política del mundo islámico, desintegrado en territorios independientes gobernados por dinastías, las más estables de las cuales no prolongaron su dominio más allá de un siglo, y todas las cuales presentan un ciclo común de nacimiento, expansión plena bajo un gobernante particularmente poderoso, y crisis bajo sus sucesores.¹⁵

Aunque los Estados que sucedieron al califato Abbasí fueron, en términos políticos, totalmente independientes, se mantuvieron unidos por lazos lingüísticos y culturales. El más obvio de ellos fue el uso, a todo lo largo del Próximo Oriente musulmán, del árabe como lengua principal de la administración. La unidad se expresó también mediante el reconocimiento del Califato, cuyo ideal sobrevivió a la desintegración de su propia realidad como forma de autoridad política máxima en el Islam. Solo dos dinastías, los Fatimíes en el Norte de África y los Omeyas en al-Andalus, llegaron a establecer Califatos rivales pero, como los Abbasíes, lo hicieron porque reclamaban el liderazgo único sobre el conjunto del mundo islámico, es decir, su derecho a ser los califas de toda la *umma*, no porque negaran sus bases teóricas. Entre las restantes dinastías, no hubo ninguna que usara el título califal o que dejara de reconocer los derechos de un califa, al que se citaba públicamente en el sermón del viernes en las mezquitas. Lo único que esos nombres cambiaban; en El Cairo a partir del año 969, o en Qairuán desde el 910, se usó el nombre del califa Fatimí, mientras que en al-Andalus el nombre del califa oriental fue sustituido por el de Abd al-Rahmán III en el año 929. Pero ninguna dinastía prescindió por completo de la idea del califato ni proclamó

¹⁵ KENNEDY, Hugh, *The Early Abbasid Caliphate: a Political History*, Londres, 1981; SOURDEL, Dominique, *L'Etat Imperial des califes abbassides, VIIIe-XIe siècles*, París, 1999; BOSWORTH, Clifford, *The New Islamic Dynasties. A Chronological and Genealogical Manual*, New York, 1996.

su independencia absoluta respecto de él; la donación de un título por parte del califa permaneció durante todo el período como signo de legitimidad política y la idea teórica del Califato se conservó durante siglos en el mundo islámico, siendo usado primero por los sultanes mamelucos y más tarde por los otomanos, hasta su definitiva supresión por Atatürk en 1924.

Otros signos de unidad también se hicieron presentes en esta *commonwealth* islámica de dinastías gobernantes durante el siglo X. Ningún Estado islámico creó barreras arancelarias ni fronteras comerciales contra sus vecinos, de forma que viajeros como Ibn Hawqal y al-Muqaddasi pudieron moverse sin dificultad entre los distintos gobiernos. Aunque se trataba de un sistema en apariencia caótico, la disgregación política permitió a los diversos grupos que formaban parte de la comunidad musulmana adoptar las soluciones políticas más apropiadas para dar respuesta a las necesidades surgidas en el territorio que controlaban. La combinación de esa pluralidad de dinastías políticas con una manifiesta unidad cultural se convirtió en la base de los grandes logros intelectuales y culturales de esta época. De hecho, solo fue en el siglo XI, tras la llegada de los turcos y de sus líderes Selyuquíes, cuando acabaría por ser suprimida gran parte de esta diversidad.

En las tierras centrales del Islam, el ascenso de la familia Buyí se produjo como resultado de las conquistas llevadas a cabo por los hermanos del personaje que sirve de origen a la dinastía, Ali ben Buya, líder militar de la zona de Isfahan que prestó servicio en la corte del gobernador abbasí de Rayya. Su hermano al-Hassan se hizo cargo del gobierno de Irán central, desde Rayy hasta Isfahan, en el 947; dos años antes, el otro hermano, Ahmed, había obligado al califa al-Mustaqfí a aceptarle como *amir al-umara* o visir en Bagdad. En definitiva, hacia el 950, los tres hijos de Buya habían logrado el control íntegro de Iraq. En la historia de los Buyíes se distinguen dos grandes períodos; el primero, que transcurre desde el año 945 hasta el 983 (fecha de la muerte del más grande de sus gobernantes, Adud al-Daula), constituye una época de crecimiento y consolidación en que la iniciativa política se mantuvo firme en manos de la dinastía; el segundo iniciado en el 983 tras la muerte de al-Daula, se caracteriza por ser un período de gran división entre los distintos miembros de la familia Buyí, lo que abrió una época de crisis y decadencia que se extiende hasta la conquista Selyuquí del año 1048.

En la franja sirio-palestina y tierras fronterizas con Bizancio se estableció el dominio de los Hamdaníes, familia de origen árabe que se había establecido en el área de Yazira en tiempos preislámicos y que durante el período de anarquía de Samarra (860-870) había obtenido el control político de Mosul. Desde el año 935, un sobrino de Hamdan ben Hamdun aparece como gobernador incuestionable de Mosul con el título de *Nasir al-Daula*. En el año 944, el hermano menor de Nasir, Sayf, conquistó Alepo y, aunque fracasó en su intento de ocupar Damasco, las ciudades de Alepo, Antioquía y Hims, se constituyeron en los principales centros de poder Hamdaní en Siria. El año 955 marca el punto álgido de la carrera de Sayf, con el Estado Hamdaní extendido por toda Siria central, desde Hims hasta Alepo, la parte oriental de Yazira y la zona costera. Una buena parte de la reputación histórica de Sayf está basada en su papel de líder del Islam contra las fuerzas militares del Imperio Bizantino. Como se ha comentado con anterioridad, durante el siglo X los emperadores bizantinos de la dinastía macedónica aprovecharon la fragmentación política del mundo islámico para efectuar sucesivas campañas en territorio musulmán, en particular en las fronteras orientales de Anatolia con las regiones islámicas de Siria y Jazira, campañas en las que tuvo un papel destacado el general bizantino Juan Curcuas. Desde la conquista de Alepo en el año 945 hasta el 956, Sayf al-Daula obtuvo una serie de discretos éxitos, pero a partir de esa fecha los raids bizantinos se tornaron en auténtica expansión territorial. Ello coincidió con la llegada al área del general Nicéforo Focas, más tarde emperador, con un nuevo ejército armenio entre cuyos líderes destacaba Juan Tzimiscés, quien sucedió a Nicéforo en el trono imperial. Los últimos seis años del reinado de Sayf (961-967) estuvieron marcados por el colapso de su gobierno. La conquista de Alepo por Bizancio en el 962 supuso un golpe terrible para su poder y prestigio; Sayf abandonó la ciudad a su suerte y los bizantinos deportaron a casi todos sus habitantes, convirtiendo a Alepo en un protectorado bizantino. Hacia el año 990 la dinastía había perdido el control de toda el área costera y de Jazira en favor de Bizancio, mientras que las tierras meridionales habían pasado a poder de los Fatimíes. Hacia el año 1016 puede darse por concluida la historia de la dinastía.

Sobre el conglomerado de dinastías islámicas surgidas en el Occidente del Islam desde finales del siglo VIII, vino a actuar, desde principios del siglo X, la dinastía de los Fatimíes. El movimiento Fatimí había surgido

del Ismailí en el curso del siglo IX, una rama del Islam norteafricano de ascendencia si'í, que reclamaba proceder de la familia de Fátima, la hija del Profeta. Hacia finales de ese siglo el movimiento pasó a estar dirigido por Ubayd Allah, quien llevó a cabo diversas campañas que culminaron en el 909 con la derrota de la dinastía Aglabí y la ocupación de Qairuán. Desde entonces el líder de la nueva dinastía se convirtió en el dueño de un Estado que comprendía la totalidad de Ifriqiya y el Magreb central. Desde sus orígenes los Fatimíes manifestaron con claridad que no pretendían ser una dinastía magrebí más; Ubayd Allah fue proclamado califa (910), adoptando el título de al-Mahdi y reclamando su derecho, como verdadero líder de la Familia del Profeta, a ejercer el liderazgo sobre el conjunto del mundo islámico.

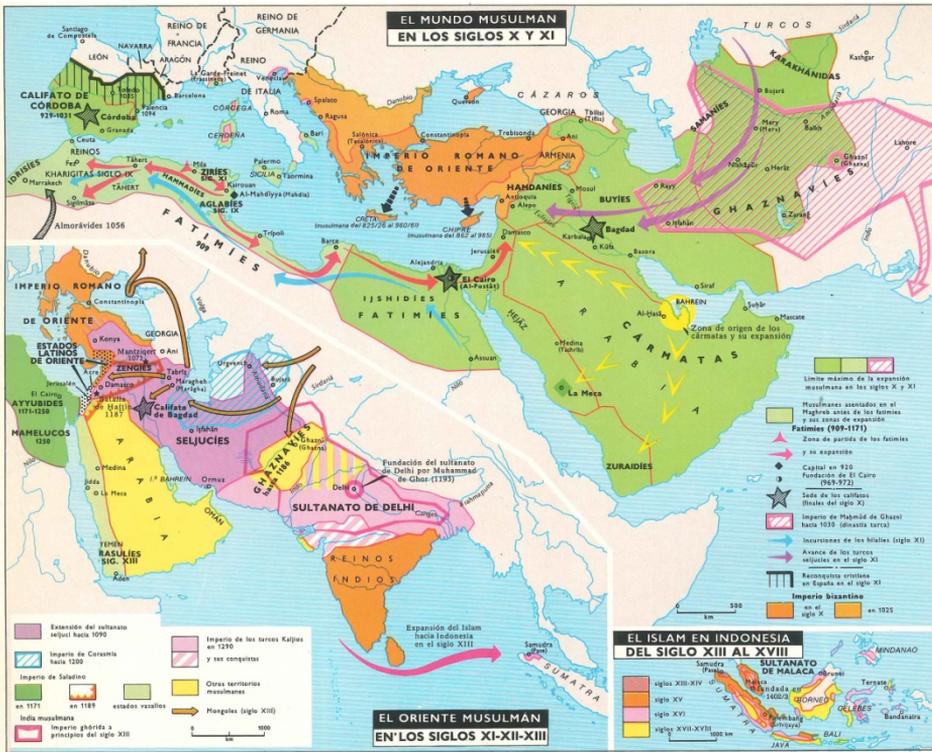


Fig. 8. El mundo musulmán en los siglos X y XI (Fuente: *Atlas Histórico de la Historia Universal Ilustrada Noguer-Rizzoli-Larousse*, Noguer, Barcelona, 1974, p. 42).

El primer objetivo de al-Mahdi como nuevo califa fue la conquista de Egipto, en la que fracasó en los años 915 y 920; tras esas primeras incur-

siones se produjo una fase de receso, en parte debida a la intensa lucha que los Fatimíes mantuvieron con los Omeyas de Córdoba por la influencia en el Magreb (hasta la conquista de Fez en 960). Por ello, el cénit del dominio Fatimí sobre el Norte de África se produjo durante el reinado de al-Muizz (953-975), quien pudo llevar a cabo lo que se había constituido en la principal aspiración de la dinastía durante la primera mitad del siglo X, extender su dominio político a Egipto. En el año 969 abandonó el Magreb, desplazando el centro de gravedad del Califato Fatimí hacia Egipto y entregando la dirección de los asuntos en Occidente a un jefe bereber, Buluggin (cuyo padre, Zirí ben Manad, dio nombre a la dinastía), del que nacería la dinastía de los Ziríes, que debía dominarla durante dos siglos. Al-Muizz conquistó la capital egipcia, Fustat (969), para fundar muy cerca de ella, poco después, una nueva ciudad a la nombró al-Qahira (El Cairo), “la victoriosa”, en recuerdo del triunfo obtenido en la conquista de este territorio.

A partir de la ocupación de Egipto, que había resultado relativamente pacífica y fácil, la mayor preocupación Fatimí fue la de extender su influencia por los territorios de Siria y Palestina, en parte por razones de seguridad estratégica frente a los bizantinos y a los propios gobernantes islámicos del Fértil Creciente, en parte por motivos económicos. Para ello existían dos caminos, mantener alguna dinastía independiente pero sometida a la influencia Fatimí que vigilase el área, o bien extender la frontera del propio Estado tan lejos como fuera posible. Ambos sistemas representaban el enfrentamiento con las dinastías locales de la zona, confrontación que perduró durante los años siguientes, en particular contra la dinastía de los Hamdaníes. Pero, tras una breve etapa entre los años 1020 y 1050, en que los Fatimíes controlaron casi toda la franja costera sirio-palestina, los turcos Selyuquies acabarían apoderándose de todo el país, salvo algunos puertos, en 1071, y las Cruzadas que se sucedieron desde el 1097 terminarían por privarles incluso de esos puertos. En el año 996 subió al trono el más famoso de los califas Fatimíes, al-Hakim, quien con su política de terror y gobierno autoritario aseguró el poder para el joven al-Zahir, que ocupó el trono hasta el año 1036. En esa fecha le sucedió su hijo al-Mustansir, con quien comenzó la decadencia del Imperio Fatimí. El Califato Fatimí hubo de languidecer penosamente, reducido a Egipto y en manos de visires, hasta su definitiva conquista por Saladino en la segunda mitad del siglo XII.

La Península Ibérica

En la Península Ibérica, la llegada del siglo X supuso la consolidación de al-Andalus, que sale de los sangrientos conflictos muladíes que lo habían puesto contra las cuerdas durante la segunda mitad del siglo IX, pero también la de las formaciones políticas cristianas situadas en la zona septentrional del territorio. La formación de los núcleos de resistencia cristianos se había originado en dos momentos y por dos razones históricas bien diferenciadas. En el caso del reino de Asturias, su origen tiene relación con la propia ocupación islámica de la Península, el posible refugio en las tierras montañosas de la cordillera cantábrica de una parte de la élite política procedente de la monarquía visigoda y la tradicional resistencia a la sumisión ejercida por los pueblos cántabros y astures desde época romana, que habría ocasionado, junto a la dificultad orográfica, la escasa romanización del territorio. Divididos entre quienes se decantan por aceptar la tradicional versión neogotocista de la cronística medieval sobre el origen del reino como continuidad de la monarquía visigoda (Sánchez-Albornoz, Pérez de Urbel) y quienes se oponen a ella para reivindicar un origen propio del reino astur-leonés (Abilio Barbero, José Luis Martín), los medievalistas hispanos se unen a la hora de considerar dicho reino como la entidad política de mayor antigüedad, bajo dominio cristiano, en el período que sucede a la conquista musulmana y como el resultado de la resistencia ejercida, a partir del momento mismo de la conquista, por pueblos poco romanizados, organizados quizás bajo la dirección de líderes de origen visigodo.¹⁶

Sea de la manera que fuera, al margen de polémicas, el reino de Asturias arranca su historia a partir de la controvertida batalla de Covadonga (datada en el 722 como fecha más plausible), se consolida institucionalmente gracias a las conquistas efectuadas por monarcas que aprovechan períodos de debilidad de al-Andalus para ganar, en tiempos de Alfonso I (739-757), Asturias y Cantabria (momento de graves dificultades en al-

¹⁶ SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Claudio, *Orígenes de la nación española. Estudios críticos sobre la historia del reino de Asturias*, Oviedo, 1972-75; PÉREZ DE URBEL, Justo, *España cristiana. Los comienzos de la Reconquista, 711-1038*, Madrid, 1964; BARBERO, Abilio, VIGIL, Marcelo, *La formación del feudalismo en la Península Ibérica*, Barcelona, 1979; MARTÍN, José Luis, *La España medieval*, Madrid, 1993.

Andalus debidas a la revolución Abbasí en oriente y la crisis socio-económica interna); en la época de Alfonso II (791-842), cuando se ocupan las tierras de Galicia, se traslada la corte a Oviedo y aparece el movimiento cultural del primer renacimiento asturiano, con el desarrollo del llamado Arte prerrománico y de la cultura eclesiástica como bandera; y en la de Alfonso III (866-910) cuando, una vez consolidado el dominio sobre el área meridional de la cordillera cantábrica y transferida la capital a León, el reino se extiende hasta alcanzar las orillas septentrionales del Duero gracias, en este caso, a las dificultades ocasionadas en al-Andalus por las revueltas muladíes. Un reino que, a principios del siglo X, cuando Abderramán III inicia su reinado, se ha convertido en el gran rival peninsular del Islam al dominar desde el punto de vista político todo el cuadrante noroccidental de la Península.

Con un desarrollo posterior, y muy vinculado a las conquistas de los carolingios al sur de los Pirineos en el intento de establecer unas fronteras estables con al-Andalus por parte de Carlomagno, se encuentra el origen de las formaciones políticas surgidas en la parte oriental, pirenaica, de la Península. Los orígenes de un reino independiente en Pamplona, tras la expedición que culmina con el desastre de Roncesvalles para las tropas carolingias (778), y tras las luchas entre los Banu Qasi, gobernantes andalusíes del Alto Ebro, y los vascones por el dominio del territorio navarro que culminan con el establecimiento de la dinastía Jimena; la formación de condados fronterizos carolingios en valles del Pirineo aragonés, primero en manos de autoridades francas, luego en la de líderes locales desde Aznar Galindo (en el año 815); las conquistas de Carlomagno en la zona de Cataluña (Gerona 785, Barcelona 801), que delimitan el territorio tradicionalmente conocido como *Marca Hispánica* (pese a que nunca existió como tal marca fronteriza en el mundo carolingio), son los acontecimientos que hacen surgir el reino de Pamplona, los condados aragoneses y los condados catalanes independientes, en manos de dinastías locales, a partir de los primeros años del siglo IX.

Ante ese panorama de pérdidas territoriales habidas en la zona norte de la Península durante el siglo IX, y la difícil situación interna creada en al-Andalus por acción de las revueltas muladíes, la primera parte del gobierno de Abderramán III estuvo consagrada a la realización de una amplia serie de campañas militares, desarrollada a partir del mismo momento que llegó al poder (912) y dirigidas en particular contra los partidarios de Ibn Hafsún (Monteleón 913-914, Belda 919-920), que culminaron en

el año 928 con la conquista de Bobastro de manos del tercer hijo de Omar, Hafs, y con la posterior exhumación y traslado a Córdoba del cuerpo del propio Omar. La proclamación del Califato Omeya andalusí al año siguiente (929), con la adopción por parte del tercer Abderramán de los títulos de califa, *amir al-muminim* (Príncipe de los Creyentes, manifestación del liderazgo religioso sobre la comunidad islámica) y *an-Nasir li-din Allah* (Victorioso por Dios, símbolo del defensor militar del Islam), obedece en buena medida a la nueva situación interna del territorio andalusí, ahora totalmente controlado por el Califa Omeya de Córdoba.¹⁷

Sin embargo, la proclamación del Califato andalusí y la fundación de Medina deben también mucho a la respuesta que los gobernantes Omeyas de Córdoba quisieron dar al establecimiento y crecimiento político del Califato Fatimí en la orilla meridional del Estrecho. En efecto, como ya se ha visto, en el 910 el líder de una dinastía magrebí de entronque *si'í*, los *ismailíes*, se hizo con el poder en la zona del Magreb y, tras derrotar a la dinastía Aglabí que dominaba aquel territorio por delegación Abbasí, reivindicó su derecho al uso del título califal al estimarse descendiente directo de la hija del Profeta, considerar ilegítimos a los miembros de la dinastía Abbasí y romper el, hasta entonces, único reconocimiento de un solo Califato por parte de toda la comunidad islámica. Esa adopción del título califal por parte de una dinastía con la que los Omeyas cordobeses mantenían una clara rivalidad por el dominio geoestratégico y comercial del Estrecho y del Mar de Alborán, y en suma por el control de la navegación comercial en el Mediterráneo occidental, se señala como otro de los motivos que contribuye explicar la llegada del Califato Omeya a al-Andalus.

Ciertamente, durante los años siguientes, los Omeyas ocuparon posiciones cada vez más aventajadas sobre la zona del Estrecho y en las ciudades costeras del Magreb, llegando a establecer una suerte de protectorado sobre numerosos enclaves portuarios magrebíes que prefigura, en más de 500 años, la red colonial consolidada por los Reyes Católicos y Carlos I en esa zona tras la conquista cristiana del Reino de Granada. Y fueron desplazando hacia el Este la atención de unos Fatimíes, cada vez

¹⁷ VALDEÓN, Julio, *Abderrahmán III y el Califato de Córdoba*, Madrid, 2001; VALLVÉ, Joaquín, *El Califato de Córdoba*, Madrid, 1992; ID., *Abderrahmán III. Califa de España y Occidente*, Barcelona, 2003.

más centrados en la conquista del extremo oriental del Norte de África, que intentaron sin éxito hasta la llegada de al-Muizz (953-975), conquistador de Egipto, fundador de El Cairo, auténtico creador de la dinastía que dominó la zona de Siria y Egipto por espacio de dos siglos, hasta que el famoso Saladino, aquel líder de origen kurdo al servicio de los Ayyubíes que se enfrentó a los cruzados y derrotó a Ricardo Corazón de León en los Cuernos de Hattin (1187), le pusiera punto final en el año 1171.

Por último, la creación de Medina, la proclamación del Califato en al-Andalus, pudo igualmente tener relación con el uso del título imperial por los monarcas leoneses como manifestación de la supremacía política mantenida por dicho reino en la parte cristiana de la Península Ibérica. El uso del título de *Imperator Hispaniae* por parte de los reyes de León, cuyo origen y significado ha sido ampliamente debatido en la historiografía medievalista desde Ramón Menéndez Pidal hasta Hélène Sirantoinne, constituyó, además de una muestra evidente del prestigio que en el mundo altomedieval seguía conservando la época clásica (la recuperación del título por parte de Carlomagno, pese a los problemas generados con el mundo bizantino, es clara muestra de ello), la manifestación del reinado de Alfonso III (866-910) como etapa culminante del reino leonés, que alcanza entonces su máxima extensión e incorpora los territorios situado en el sector noroccidental de la Península hasta la orilla septentrional del río Duero.¹⁸

El uso de este título en el reino de León, rigurosamente coetáneo a la adopción del título de Califa por los Fatimíes, contribuyó también al nacimiento del Califato de Córdoba y determinó que, durante el resto del siglo X, el propio Abderramán III (912-961), su hijo y sucesor al-Hakan II (961-976) y, sobre todo, el *hayib* de Hixán II, Almanzor (983-1002), dirigieran un elevado número de campañas militares contra León y ejercieran una tutela política de gran calado, campañas y presión con las que se lograron dos hechos fundamentales para entender la subsiguiente evolución de las formaciones políticas cristianas: la aparición de una grave

¹⁸ BARTOLOMÉ VELLÓN, Gabriel, “La idea imperial leonesa (siglos IX-XII)”, *Ab Initio*, 9, 2014, pp. 61-117 (disponible en www.ab-initio.es); SIRANTOINE, Hélène, *Imperator Hispaniae: Les Idéologies Impériales dans le royaume de León (IXe-XIIIe siècles)*, Madrid, 2012; MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, *El Imperio Hispánico y los Cinco Reinos: dos épocas en la estructura política de España*, Madrid, 1950.

crisis en la monarquía leonesa durante la segunda mitad del siglo X, de la que fue claro beneficiario un reino de Pamplona, que hasta entonces había jugado un papel secundario y que vivirá, desde el año 1000, el período culminante de su historia medieval bajo el gobierno de la figura de Sancho III el Mayor; y una desmembración territorial que provocará la consolidación bajo dinastías condales -nominalmente dependientes del monarca leonés, pero en la práctica en una situación de total independencia política-, de los condados de Portugal (*Territorium Portucalense*), Galicia y Castilla, donde desde el año 931 gobernará la dinastía de Fernán González, origen del posterior reino.

Sobre el origen de Medina Azahara, las versiones ofrecidas por la crónica andalusí oscilan entre la propuesta por Ibn Hayyan, quien relaciona su construcción con el deseo del Califa Omeya de olvidar la derrota sufrida por sus tropas en Simancas ante las del monarca leonés Ramiro II (931-951) en el año 939, y la clásica de Ibn Arabi, recogida también por el tardío autor al-Maqqari, quien la enlaza con la presencia de una esclava favorita en su corte, al-Zahra, a quien Abderramán III dedicaría la ciudad. Pero, en realidad, su edificación sigue una práctica muy extendida en el Islam medieval, antes y después de Madinat al-Zahra: la creación de palacios-residencia destinados a albergar a una nueva dinastía gobernante y a los miembros de su élite política, así como a convertirse en expresión visual de su poder y riqueza. Tal fue el caso de la Ciudad Circular de Bagdad, fundada por el Abbasí al-Mansur en 768; de Samarra, aguas arriba del Tigris, construida por al-Mutasim en 835; de *al-Qahira* (actual El Cairo), fundado por al-Muizz (953-975) tras la conquista Fatimí de Egipto en 969; e incluso de la propia Medina Zahira, esa Córdoba de ubicación desconcertante que habría sido edificada por Almanzor en el 980 año para la instalación en ella de su propio gobierno y de los partidarios de la dinastía amirí. Medina enlaza, pues, con una tradición áulica habitual en el mundo islámico medieval, a la par que lo hace con la situación política que se vive en el Mediterráneo Occidental durante el primer tercio del siglo X.

Por otro lado, la abundancia de elementos materiales y simbólicos vinculados con el mundo clásico, que se hace patente en Medina Azahara como en tantos otros enclaves del Islam medieval (uso de materiales como el mosaico y el mármol, continuidad de motivos artísticos de filiación clásica, continuidad de las termas bajo la forma de *hamman*, arquitectura doméstica organizada en torno a patios centrales, construcción de edifi-

cios de planta basilical para uso ceremonial), fue debida, en buena parte, a la herencia cultural y artística recibida por los musulmanes a partir de los años centrales del siglo VII (634-660). La integración de la zona del Próximo Oriente (Siria, Palestina, Egipto) en que se hallaban los mayores centros culturales del mundo antiguo (Damasco, Antioquía, Jerusalén, Alejandría), la expresión máxima de la cultura clásica, se unió al dominio de los lugares donde había surgido el propio Cristianismo y donde existía una presencia generalizada de poblaciones romanizadas. La posterior ocupación del Norte de África incidió en este hecho, al tratarse de un territorio fuertemente romanizado en las zonas costeras de las actuales Túnez, Argelia y Marruecos, donde existían entonces y se conservan todavía hoy restos de magníficas ciudades de origen romano (como Volubilis o Hipona), testimonio excepcional de la cultura clásica. La aceptación de esta herencia fue probablemente debida no solo a la carencia de un arte y de un urbanismo propio de los árabes, sino a la admiración que los árabes sentían por el mundo clásico, a la búsqueda de su imitación y de su conservación, como en tantas ocasiones hicieron los propios pueblos cristianos en el Occidente de Europa.

Y en esa búsqueda de conservar las realizaciones materiales de la época clásica, en ese gusto que desarrollaron los árabes por determinadas formas y modelos que habían caracterizado a la ciudad romana, debió de jugar un papel destacado el carácter de la propia familia que acabaría dominando políticamente al-Andalus desde el año 756, los Omeyas, y que dirigiría la edificación, durante el siglo X, de la ciudad califal. Como se ha señalado con anterioridad, el Omeya constituía el clan principal, desde el punto de vista político, de la tribu *quraysí* gobernante en La Meca desde mucho tiempo antes del nacimiento del Profeta. La mayor parte de sus miembros estuvieron dedicados, durante los siglos V y VI, a la práctica de un comercio caravanero que transportaba por el Hiyaz las mercancías llegadas desde el Oriente asiático hasta los puertos del Mar Rojo (Yedda, Yanbú), productos que luego eran redistribuidos por el mundo, primero romano, luego bizantino o germánico, desde los puertos sirio-palestinos (Beirut, Sidón, Tiro, Acre). El ejercicio de esta actividad comercial les habría permitido entrar en contacto con marinos del Lejano Oriente (China, Japón, India) en los puertos donde las mercancías eran desembarcadas, y con mercaderes romanos y de otros orígenes en los del Mediterráneo oriental, reforzando unos contactos culturales que hubieron de modificar su visión del mundo, su inquietud intelectual, su conoci-

miento de la tradición cultural del mundo clásico, despertando su interés cuando no su amor por la zona de Siria. No en vano, inmediatamente después de hacerse con el Califato en el año 660, trasladaron a la ciudad de Damasco, capital de dicha provincia, la sede de su gobierno, por ser el lugar con el que habían tenido mayor relación durante las décadas anteriores y en el que habían tejido la mayor red de seguidores como resultado de un proceso de islamización que exigía, a quienes se convertían a la nueva religión, la integración en un clan árabe del que quedaban convertidos en clientes (*mawali*).



Fig. 9. La Península Ibérica y el Mediterráneo occidental en el siglo X (Fuente: Fernando García de Cortázar, *Atlas de Historia de España*, Barcelona, 2005, p. 152).

Si la existencia de un *Califato Omeya*, caracterizado por sus propios rasgos desde el punto de vista político y cultural (capitalidad en Damasco, elevado número de clientes conversos en el seno del clan, predominio de los árabes como pueblo y de lo árabe como cultura), es hoy comúnmente aceptada por los historiadores, se ha discutido mucho menos la posible existencia también de una *Cultura Omeya* provista de sus rasgos propios, si no opuestos, cuando menos diferentes a los modelos Abbasíes o Fatimíes. Cultura de la que debió formar parte la vinculación cultural

con el mundo clásico, probablemente también la admiración y emulación por dicho mundo, nacida al calor de la actividad comercial interregional emprendida por clanes de mercaderes como el de los Omeyas. Al fin y al cabo, ello ayudaría a explicar la aparición en al-Andalus de una aristocracia árabe hasta cierto punto *romanizada*, que gozó de una fuerte influencia en la sociedad y en la cultura andalusíes al menos hasta finales del siglo XI, dotada de una marcada coincidencia cultural con una sociedad local igualmente *romanizada* (ya fuera mozárabe o judía), y que estos rasgos culturales compartidos pudieran contribuir a favorecer ese entendimiento o, cuando menos, coexistencia intercultural pacífica entre comunidades religiosas de la que ese al-Andalus Omeya de los primeros siglos parece haber constituido la expresión más acabada.

La fundación de Madinat al-Zahra está asociada a la autoproclamación como califa de Abd al-Rahman al-Nasir (Abd al-Rahman III) y abrió uno de los periodos más brillantes en la historia de al-Andalus. Su concepción se enmarca en el contexto de la construcción de grandes ciudades capitales por parte de los diferentes Estados islámicos del momento y, por tanto, como la máxima expresión urbanística del califato omeya en competencia con el califato fatimí rival, cuyo surgimiento y expansión por la zona del actual Magreb en las primeras décadas del s. X eran vistos como una seria amenaza para la supervivencia de la dinastía omeya.

Fuente: Vallejo Triano, Antonio, “Apuntes sobre la historia y la arqueología de Madinat al-Zahra”, en *La ciudad y sus legados históricos (III). Madinat al-Zahra. Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, 2019, pp. 72-73.

Madinat al-Zahra constituye un capítulo esencial de la historia de Qurtuba, considerada esta como el símbolo de una edad de oro de nuestra ciudad. Si durante la época califal Córdoba alcanza un notable apogeo, dentro de ella brilla con luz propia los años en los que dicha ciudad fue el centro del mismo. Sus vestigios, junto a la Mezquita Aljama cordobesa, son un claro testimonio de ese glorioso legado islámico.

Fuente: Escobar Camacho, José Manuel, “Madinat al-Zahra en la historiografía local cordobesa”, en *La ciudad y sus legados históricos (III). Madinat al-Zahra. Patrimonio de la Humanidad*, Córdoba, 2019, p. 163.

